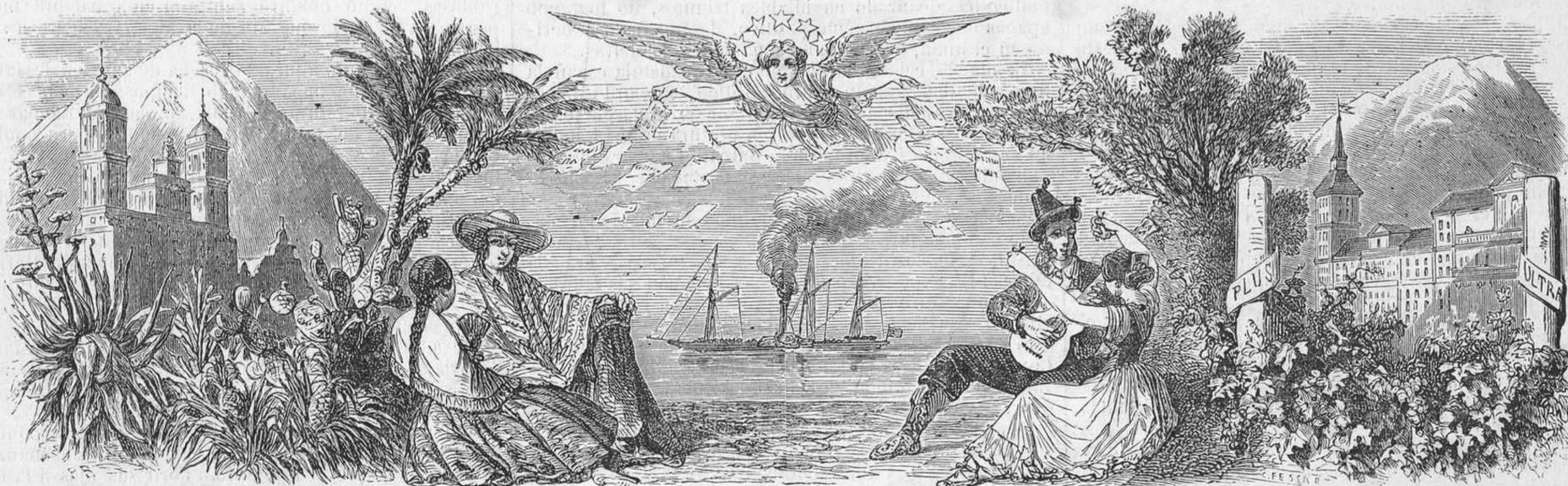


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 8 de la Moda.

1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 902.

Administración general, passage Saultier, número 4, en París.

SUMARIO.

Los jesuitas: El R. P. Beckx, general de la Compañía de Jesús; grabado. — **Revista española.** — **El empedrado de París;** grabados. — **Obras submarinas emprendidas en la bahía de Charleston;** grabado. — **Revista de París.** — **Poesía:** *Mi bien perdido.* — **La Habana;** grabados. — **Adriano Brauer.** — **Aventura de un estudiante alemán.** — **Estudios sobre la luz:** *Sus procedimientos, producción, empleo, utilidad, inconvenientes, etc.,* por Cham; grabados. — **El Doctor Témis,** novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Monseñor Strossmayer,** prelado de Croacia; grabado.

Los jesuitas.

Lo mucho que se habla de los jesuitas desde la apertura del Concilio da un interés de actualidad á todo lo que les concierne, y por este motivo publicamos aquí el retrato de su general, el R. P. Beckx, acompañando esta publicación con algunos datos trazados á grandes rasgos sobre la organización de la célebre Compañía.

Sus reglas son aun en el día las mismas que redactó en 1534 San Ignacio de Loyola, y nadie piensa en modificarlas, tanto porque son muy completas, como tambien porque los jesuitas tienen horror á los cambios, pues la inmovilidad entra en el sistema de su política.

La Compañía de Jesús se instituyó para combatir á la heregía y á los enemigos de la religion bajo el estandarte de *Jesús*, y de aquí proviene el nombre de *jesuitas* que llevan sus miembros.

La órden se divide en cinco clases, á saber:

1º Los *profesos*; 2º los *coadjutores espirituales*; 3º los *coadjutores temporales*; 4º los *estudiantes aprobados*; 5º los *novicios*.

Los profesos, que constituyen la parte esencial de la Sociedad, hacen públicamente los tres votos solemnes de religion y añaden el de una obediencia especial al jefe del catolicismo, en lo relativo á las misiones en los países de infieles.

Los coadjutores espirituales hacen tambien los tres votos de castidad, pobreza y obediencia; pero no pronuncian el de las misiones.

Los estudiantes aprobados son los legos aceptados al cabo de dos años

de noviciado y que han hecho en particular y no de un modo solemne aquellos tres votos, y pueden llegar al grado de profeso ó de coadjutor espiritual, segun lo decide el P. general.

No hay disposicion que fije el tiempo necesario para pasar de un grado á otro: sin embargo, la costumbre quiere que no se reciba á un profeso sino al cabo de dos años de noviciado y siete de estudios, de los cuales puede haber hecho una parte fuera de la Sociedad, siete años de escuela, un tercer año de noviciado y treinta y tres años de edad.

Vemos que la prueba es larga.

Generalmente hablando, al cabo de dos años de noviciado, los jesuitas hacen simplemente los tres votos co-

munes á todas las congregaciones religiosas, añadiendo el de ir adonde el papa quiera enviarlos para propagar ó sostener la fe. Les está prohibido aceptar dignidades eclesiásticas sino cuando el Sumo Pontífice les obliga á ello en virtud de la santa obediencia, y todos sus esfuerzos deben tener por fin, no su fortuna y grandeza personal, sino la fortuna y grandeza de la Compañía.

En esta abnegacion personal reside todo el secreto de la inmensa fuerza de la Compañía de Jesús.

Los principales cargos de los jesuitas son la predicacion, el catecismo, los ejercicios espirituales, la direccion de las congregaciones piadosas, la educacion religiosa y literaria en las escuelas públicas y en los colegios, las misiones y la confesion.

La educacion de la juventud les da tambien un poder cuya extension no podria medirse, pues es raro que un niño educado por la Compañía no conserve cuando es hombre mas ó menos de los principios que le han enseñado en los cinco ó seis años de colegio.

Entre los que han sido discípulos suyos reclutan los jesuitas los amigos que les son necesarios en el mundo; estos amigos no forman parte de la Sociedad, sino que se contentan con servirla, y en cambio de su celo, la Sociedad les protege.

Lo mismo en las artes que en la industria, en la diplomacia, en la administracion, en el ejército, en todas partes en donde ejercen, el puesto principal es para ellos. No puede darse un sistema mas político.

La Compañía de Jesús ha dado al mundo hombres eminentísimos como Billarmino, Pallavicino, Bourdaloue, Labbé, Andrés, Sirmond, Bolland, Kirker, Schall, La Rue, Hell, Brumoy, Deschales, Porée, Berthier, Jouveney, Parenin, Charlesvoix, Duhalde, etc., y posee en el día hombres de un mérito incontestable.

Al entrar en la Compañía los novicios deben jurar una obediencia ciega á sus jefes y una abnegacion personal absoluta. Emplean á cada cual segun sus disposiciones. Los oradores van al púlpito, los creyentes fervorosos á las misiones, los estudiosos al profesorado, los sabios á las ciencias, los literatos á las letras, etc. Esta clasificacion á que deben someterse, produce especialistas eminentes y mantiene en la Sociedad una pléyada de grandes hombres. Esto es muy hábil. Los individuos que pretenden saberlo todo no saben nada por lo regular, ó lo saben todo mal; en tanto que aquellos que no saben mas que una cosa, por lo general, la



EL R. P. BECKX, general de la Compañía de Jesús

saben bien. Así lo comprendió San Ignacio de Loyola. Haciendo abstracción de las cinco categorías de que hemos hablado ya, la Compañía de Jesús no admite en sustancia más que dos distinciones entre sus miembros: la primera entre los que están llamados á mandar y los que están llamados á obedecer; la segunda entre los que pueden trabajar y aquellos que por la edad ó los achaques tienen derecho al descanso.

La órden se divide en asistencias, estas en provincias y las provincias en casas. Su director general reside en Roma y es elegido en cada vacante, por la congregación general de la Compañía.

El poder de este general se halla templado por un consejo que tiene siempre á su lado, consejo compuesto de los asistentes de Italia, Francia, España y Alemania. Estos asistentes comparten las atenciones del general, observan cuidadosamente su conducta, le advierten cuando se separa del programa de la Sociedad, pueden convocar la congregación general para destituirle, y hasta pueden destituirle de urgencia, después de haber obtenido por cartas la adhesión de las provincias. Nadie menos que el general puede faltar á sus deberes. Los asistentes también son nombrados por la congregación general: cada uno de ellos puede preparar los negocios de su asistencia, ordenarlos y facilitar su despacho, dando parte de todo al general.

La Compañía ha tenido hasta ahora 24 generales: el primero fué San Ignacio de Loyola (1541-1558); el último es el P. Beckx, elegido en 1853 y que cuenta en la actualidad setenta y cinco años.

En Roma el pueblo llama al general de los jesuitas *el papa nero*.

Las provincias poseen cuatro casas distintas, á saber: las casas profesas, los colegios, los seminarios, en donde enseñan las ciencias, la filosofía, la teología; las residencias de los PP. ocupados en las funciones religiosas, predicación, confesión, etc., y las casas de noviciado. Cada provincia está gobernada por un provincial, y cada casa ó colegio por un superior ó rector. El P. general nombra á los provinciales, á los superiores de las casas profesas, á los de los seminarios y noviciados, y á los rectores de los colegios. A. D.

Revista española.

Crimenes. — La primavera. — Espíritu político. — Pérdidas dolorosas. — Los salvajes. — Un duelo. — La economía política al alcance de las mujeres. — Una balada. — El discurso de Ayala.

Desde que escribí mi anterior revista de esta capital, se han consumado tres crímenes espantosos.

Una noche, á las dos ó las tres de la madrugada, salían tres amigos de una casa de juego; uno de ellos mató á otro, y el tercero asesó al matador una estocada, de cuyas resultas falleció algunos momentos después.

A los pocos días fué asesinada en su lecho una señora de ochenta años, muy virtuosa, muy rica y emparentada con la aristocracia madrileña.

Segun de público se dijo, la doncella estaba de acuerdo con los malhechores, y no falta quien atribuya el papel principal del drama á un individuo del benemérito cuerpo de la guardia civil.

El crimen se descubrió, segun refiere la gente, de esta manera. El aguador de la casa subió, llamó, y al poco rato bajó.

— He llamado, dijo á la portera, y me han respondido, pero no me abren; luego volveré.

Poco después bajó un guardia civil con otro hombre, y repitió las palabras del aguador.

Sorprendida la portera, subió y halló la puerta abierta: entró en la habitación y vió á los criados atados y á la señora asesinada. Dió parte á la autoridad, y acto continuo empezó la sumaria.

Si mis lectores observan bien, recordarán que todos los años por este tiempo ocurren en el espacio de pocos días unos cuantos crímenes que adquieren celebridad.

¿Serán los efectos de la primavera? Por desgracia, en las demás estaciones del año se cometen atentados parecidos, y hay que atribuirlos principalmente á la falta de educación, á la falta de moralidad.

Volviendo nuestros ojos á la política, el espectáculo varía de forma, pero no de fondo; sigue siendo triste. La coalición está rota; la caza de los empleos preocupa á los padres de la patria, y entre tanto los partidos se arman para buscar el triunfo en el combate.

El deseo de abrir abismos entre el clero y la revolución, continúa alentando á los radicales: el juramento que se les exige, el arreglo, ó mejor dicho, la supresión de arzobispados y cabildos, prueban que hay interés en producir un rompimiento.

Seguramente que al fin de este camino no se hallará el deseado ramo de oliva.

Pensar que los pueblos pueden vivir sin religion, es un sueño cuyo despertar puede ser funesto. Hacer que emane el progreso verdadero de la religion, es buscar el bien, y la religion que bendice las locomotoras y los ferro-carriles, que reconoce las ventajas del telégrafo,

que dando al hombre la fe y la constancia, dos de sus mas fecundas virtudes, le lleva al logro de grandes descubrimientos, debía despertar gratitud y amor, no soberbia y abandono.

Debo decir en honor de la verdad, que no todos siguen el ejemplo de los políticos; los templos están todos los días llenos de fieles, y los oradores religiosos con elocuente palabra fortalecen á los vacilantes y hacen un bien inmenso á la humanidad.

Por otra parte, el número de los desengañados aumenta: un gran poeta, Nuñez de Arce, que como autor dramático ha alcanzado envidiables triunfos, no logrando apenas hacerse ver como político, desengañado y herido en el alma, ha vuelto á refugiarse en las letras.

El día 25 celebraba también la Academia española una solemne función. Otro político, Adelardo Lopez Ayala, leía un discurso para ingresar en la corporación, y encantaba á los oyentes con la pintura de los tiempos en que florecía Calderon de la Barca. ¡Cuán grande aparecía allí el escritor: elevábase el poeta sobre el político como un gigante al lado de un pigmeo!

El marqués de Molins, otro político desengañado, contestó con galanura y brillantez.

Allí, olvidados de la política y sus miserias, éramos felices: España, la España monárquica con sus laureles artísticos y militares, con su genio y su valor, con su Murillo y su Velazquez, su Calderon y Moreto, su Gonzalo de Córdoba y su duque de Alba, su Elcano y su Churruca, su Saavedra Fajardo y su Feijó, parecía levantarse de su tumba y decir á la España de nuestros días:

— ¡Eres mi sombra, la sombra de un cadáver!

Pero lo repito: los arrepentidos, los desengañados aumentan, y esto es una esperanza.

Mientras en la Academia asistíamos á este edificante espectáculo, se celebraban en el Retiro las carreras de velocíferos.

Medio Madrid estaba allí, y la opinion unánime fué en extremo desfavorable para los velociferistas.

— ¡Qué chasco nos hemos llevado!

Esto es lo que decían al volver los espectadores.

¡Y para esto se ha cercado una parte del Retiro! Bien es verdad que los productos de la función eran para el asilo del Pardo. Es lo único que excusa el mal rato que pasaron los curiosos.

Menudean las comidas diplomáticas.

El rey estómago tiene mas partidarios que los demás candidatos.

Las eminencias políticas se resignan de cuando en cuando á comer como simples mortales.

En cambio son muchos los que ayunan; y en esta cuaresma, preciso es confesarlo, mas por necesidad que por devoción.

Los cuatro bufos están algo animados: *La Princesa de Trebisonda* en la Zarzuela, y *Robinson Crusóe* en el Circo, atraen al público.

No crean mis lectores que hay en estas obras bellezas literarias; su pretension es hacer reír y adular las debilidades humanas.

En esto de adular las debilidades, no tienen igual los fotógrafos. Es escandaloso el comercio que sus delegados hacen: las mas repugnantes escenas, los modelos mas impúdicos se venden públicamente.

Verdad es que hasta en los bazares se venden para las damas pañuelos de mano, con figuras tan primitivas, que sacan el color al rostro.

Pero quéjense Vds. de esto:

— ¡Viva la libertad! exclaman los amigos del desorden.

¡Pobre libertad! Ignorando que eres la justicia, te consideran algunos como á esas pobres mujeres que se venden al vicio.

¡Qué porvenir de vergüenza espera á los que te explotan!

Siguiendo la narración de los sucesos acaecidos en el mes de marzo, no puedo prescindir de contar que al final de una manifestación republicana contra las quintas, fué el general Prim objeto de una manifestación que no debió dejarle muy contento.

Mujeres y hombres del pueblo se abalanzaron á su caballo, con desaforadas voces le pidieron que aboliese las quintas, regaláronle unos cuantos epítetos de mal género, y por último le arrojaron piedras.

Ni entre caribes sucede esto.

Al capítulo de las desventuras tengo que añadir dos mas.

La primavera que matiza con flores los campos, que ofrece cielos serenos, que cubre de verdura los árboles, es fatal para los enfermos, y por desgracia todos los días tenemos que despedir para siempre á un pariente ó á un amigo.

A mediados de mes ocurrió el fallecimiento de don Manuel Bermúdez de Castro, uno de los mas distinguidos hombres de Estado de la España moderna.

Pocos días después perdió el arte músico al ilustre compositor don Joaquín Gastambide.

Después de haber logrado lo que pocos, esto es, alcanzar á un tiempo gloria y fortuna, después de haber trabajado mucho, las pérdidas que los sucesos políticos han ocasionado á todos los españoles, le obligaron á buscar en un viaje á América los medios de hallar una indemnización.

Este viaje le ha costado la vida. En aquellos países se desarrolló en él una enfermedad terrible, un cáncer en el hígado, que le ha llevado al sepulcro á los cuarenta y seis ó cuarenta y ocho años.

Su entierro se verificó en la tarde del día 19, mostrando el inmenso número de personas distinguidas, de

artistas y escritores que le acompañaron á la última morada, el gran aprecio en que tenían el talento del inolvidable autor del *Juramento*, *Catalina*, *la Vieja* y otras cien obras, todas inspiradas, que ha dejado como un recuerdo imperecedero.

También en este mes de marzo ha tenido lugar el desafío entre el duque de Montpensier y su primo el infante Don Enrique, de cuyas resultas murió este, sirviendo su entierro de pretexto á una manifestación política contra aquel.

Las circunstancias de este lance han sido demasiado ruidosas, y no añadiré sobre él una palabra mas, para no repetir lo que sin duda alguna saben ya mis lectores.

Pongamos punto aquí á la reseña de sucesos desagradables, y ya que hace mucho tiempo que apenas me ocupo de la literatura española, procuraré recrear un poco el ánimo del lector dándole cuenta de las conferencias que para la educación de la mujer se celebran todos los domingos en el Paraninfo de la Universidad, del discurso pronunciado en su recepción en la Academia española por Ayala, y de dos lindas colecciones de poesías que acaban de salir á luz: una con el modesto título de *Ensayos literarios* por don Alejandro Harnsen, y otra titulada *Olas del mar* por don Ernesto García Ladevese.

Empecemos por las *Conferencias*.

Lleva en ellas la palabra el señor don Antonio María Segovia, quien con laudable fin se ha propuesto enseñar á las señoras la economía política de una manera clara y amena.

He de copiar algunos párrafos de su primera conferencia para que se vea su estilo y su plan de enseñanza.

« Apenas empieza el hombre á abrir sus ojos á la luz de la razón, dice el señor Segovia, se siente dotado de ciertas facultades; y aunque sin saber analizarlas ni pensar en ello, conoce y distingue que unas son corporales, y otras residen en su mente, en su espíritu ó en su inteligencia.

La fuerza y la destreza muscular, y el uso de ellas para una prodigiosa variedad de movimientos, incluso los de la locomoción; la capacidad de los sentidos, destinado cada cual á ciertas percepciones; ejercicio mental que llamamos pensamiento: el poder de fijar la atención, de meditar, de reflexionar, de juzgar, de recordar, de comunicarse por la palabra: todas estas y otras facultades que seria prolijo enumerar, las siente y percibe en sí mismo el hombre.

Siente y percibe además una propensión innata, un deseo constante de servirse de todas ellas, y aun de enredarlas al fin de satisfacer necesidades, procurarse goces presentes ó futuros, espirituales ó corporales, y evitarse el dolor ó la pena que á cada instante de su vida le amenaza bajo mil formas diferentes, y en mayor ó menor escala. Para este empleo de sus facultades, sin embargo, necesita hacer, grande ó pequeño, algun esfuerzo, y á la repetición ó mayor intensidad de estos esfuerzos les ha dado el nombre de trabajo.

Aun cuando no sea esta todavía la acepción técnica del vocablo trabajo en la ciencia que empezamos á estudiar hoy, conviene en mi concepto fijarse bien en este sentido mas lato que le da el uso familiar; y mas adelante veremos que en eso no anda el uso muy descaminado.

Ello es que á cada paso pronunciamos las palabras trabajo y trabajar, aplicándolas á cualquiera esfuerzo ó empeñado empleo de nuestras facultades corporales é intelectuales, y aun morales y afectivas, ó de la combinación de las unas con las otras.

« Estoy trabajando hace rato por desatar este nudo, » dice cualquiera, y la misma idéntica expresión usa para significar el trabajo de resolver un problema, ó de ejecutar un pasaje difícil en un instrumento músico, etc. « Trabajo le ha de costar, decimos también, consolarle de la muerte de un hijo tan querido. » « Trabajo me ha costado de persuadir á fulano, ó convencerle, ó apaciguarle. »

Vemos, pues, por estos ejemplos, tomados de tan diversos órdenes de ideas, que la mas general del trabajo es la de esfuerzo material ó moral dirigido á un fin cualquiera. Mas la ciencia económica, si en efecto es tal ciencia, ha de circunscribirse, como todas, á una determinada especie de fenómenos: siendo así, no puede comprender todas las acciones humanas; será, pues, necesario para cumplir nuestro propósito de fundarla en la naturaleza misma del hombre, definir esta ciencia, ó mas bien su asunto, antes de pasar á especificar lo que en su peculiar lenguaje es el trabajo propiamente dicho.

Esta ciencia, señores, hermana la mas jóven quizá de todas las ciencias en que han llegado á subdividirse ó ramificarse los conocimientos humanos, ha recibido el nombre de economía política, no muy propio en verdad; pero siendo el mas generalizado, por él la reconocemos, aunque atendiendo mas que á un título convencional, á averiguar su objeto, que es lo que principalmente conviene á nuestro intento. Para ello diremos, que *la ciencia económica trata de la manera en que la riqueza se produce, se cambia, se distribuye y se consume.* »

Así define la ciencia, después de tan bello preámbulo, y pasa á fijar los principios fundamentales.

La originalidad y precisión de sus definiciones son dignas de notarse:

Hé aquí algunas muestras:

« Llama el vulgo riqueza, exclama, á la superabundancia de bienes de fortuna, y sobre todo, al dinero; y, lo que es peor, juzga generalmente de la riqueza de un individuo, no por lo que este conserva, sino por lo que

gasta: error que da origen por cierto á muchos males.

La ciencia económica no lo considera precisamente así, sino que llama riqueza á todas aquellas cosas ú objetos que nos traen utilidad.

Llama asimismo utilidad á la propiedad que tienen las cosas de satisfacer nuestras necesidades.

Por último, á la relacion que entre sí tienen las riquezas, es á lo que damos el nombre de valor.

De tal manera es importante para nuestro estudio el fijar con toda claridad las ideas del valor, de la utilidad y de la riqueza, que no podemos excusar un detenido exámen, al cual volveremos en las futuras lecciones.

Dedicado constantemente el hombre, como ya hemos dicho, á la satisfaccion de sus necesidades y deseos, fácil se es observar que la naturaleza le brinda generosamente con gran parte de los medios de lograr su fin, y que los demás tiene que procurárselos por aquel empleo de sus facultades, por aquel esfuerzo á que hemos dado el nombre de trabajo.

Entre las riquezas naturales y puramente gratuitas cuenta el hombre el aire que respira, la luz y el calor del sol, el agua de los manantiales, arroyos y rios, como tambien las del mar; los elementos contenidos en la atmósfera y en la tierra, de que diestramente nos aprovechamos para la agricultura y otros mil usos diferentes; todas estas y otras muchas verdaderas riquezas: ingrato es el hombre que no reflexiona sobre tan inestimables y multiplicados tesoros, que no los aprovecha por pereza ó ignorancia, y que no levanta su corazón hácia Aquel que tan liberalmente se los prodiga. Ellos son la base y primera materia de nuestra industria; y si uno solo, aquel á nuestro parecer mas insignificante, cualquiera de los invisibles gases, ó de las sales menos comunes se aniquilase y desapareciese, la especie humana desaparecería tambien de sobre la haz de la tierra.

Llama, pues, la economía política con el nombre de riquezas naturales, á todas estas cosas de que sacamos positiva aunque gratuita utilidad.

Sin embargo, yo os rogaria, señores, que no divulgáseis, sin las convenientes explicaciones, este sentido técnico de la palabra riqueza: que no llegue sobre todo á oídos de ciertas gentes eso de que el calor del sol es una riqueza, no sea que se aumente el número de los que pasan el tiempo enriqueciéndose en nuestras plazas y paseos á los rayos benéficos del astro esplendente que preside al día.

Conviene advertir ahora que estas riquezas naturales, y por consiguiente gratuitas, caen fuera del dominio de la economía política, la cual trata solamente de las riquezas que llama onerosas ó creadas por el trabajo.

Es tambien importantísimo observar que estas últimas no pueden existir sin aquellas, de lo cual se nos ofrecen á cada paso ejemplos. Copiaré á este propósito las palabras de un economista ya citado.

« Aun en aquellas cosas, dice, en que hemos fijado la utilidad con nuestro trabajo, es necesario que exista una utilidad natural, ó lo que es lo mismo, una actitud de trasformacion. El hombre, por ejemplo, corta el árbol en los montes, le prepara, le elabora y le da la forma de un mueble con que adorna su habitacion: mas para que haya llegado hasta este punto ha sido necesario que esa primera materia fuese extensa, dura, divisible, que tuviese cierto color, en una palabra, que fuese susceptible de trasformarse. Todas las utilidades onerosas tienen, pues, su punto de partida en una utilidad natural. El oro, la plata y los demás metales que la tierra encierra en su seno, los mármoles y otras piedras, las maderas y todas las materias que trabaja la industria humana, tienen una utilidad natural, ó esa aptitud de trasformacion. Si no fuese así, no podrian convertirse en riquezas. A esto añado por nota. Las aptitudes naturales entran en la denominacion general de agentes de la naturaleza. »

Estoy seguro de que la coleccion de estas conferencias constituirá un libro que no solo las mujeres sino los hombres, leerán con interés y provecho.

Oigan Vds. ahora antes de entrar en la Academia española para escuchar lo mas notable del discurso de Ayala, una de las mas lindas poesías del libro de Ladevese *las Olas del Mar*.

Es una bellísima balada que titula su autor *la Partida*.

Dice así:

I.

Ya la tarde va cayendo,
Ya se va ocultando el día,
Ya tristemente las olas
Sobre la arena suspiran.
Cuando ese sol que se oculta
Entre mil nubes rojizas,
Brille mañana en Oriente
Del alba con la sonrisa,
Piensa que tras esos montes
Que se alzan al Mediodía,
Pensando en tí se irá aquel
Que por tí diera la vida...
Voy á partir, mas, no llores.
No llores, amada mía...
¡ Porque me arrancas el alma
Cada vez, ¡ ay! que suspiras!

II.

Ya es alta noche. Tan solo
Las olas tocan la orilla:
Todos duermen, mientras yo,
De dolor el alma herida,
Desde mi balcon contemplo
El mar que tranquilo gira.
Espesa lluvia descende,
Débilmente el viento silba.
¡ Ay qué triste está la playa
Que me dió tanta alegría!...
¡ Qué tristes están mis ojos,
Que entre lágrimas la miran!
Mas... ¿ ese rumor? ¿ Qué escucho?
¿ Quién á mi lado suspira?
¡ Ah! ¡ Es ella! En su ventana
Tambien insomne se agita.
¡ Cómo pasa el tiempo, hermosa!
Cuando el alba con sus tintas
Las olas del mar inunde,
De esta playa, amada mía,
Me partiré, mas no llores...
Que me arrancas ¡ ay! la vida.
¿ Por qué tarda tanto el alba,
Aumentando mi agonía?

III.

Ya va naciendo la aurora...
Ya el Oriente se ilumina...
Ya el coche para á la puerta...
Ya el momento se aproxima.
¡ Adios, hermosa! te dejo
Porque la suerte me obliga:
Cuando sientas que las olas
Murmuran, párate á oirlas,
Y en cada acento que exhalen
Te darán memorias mías...
Y si á encontrarnos volvemos
En el azar de la vida,
Volveré á estrechar la mano
Y contemplar tu sonrisa.
Si no... te veré en mis sueños
Como esperanza perdida...
¡ Adios!... ¡ Adios!... ¡ Sé dichosa!
¡ Adios... que ya brilla el día!

Preparado el ánimo con tan sentida composicion, vamos á penetrar en el templo de las letras españolas.

El salon está lleno de notabilidades literarias: no faltan tampoco encumbrados personajes políticos que acuden á presenciar el triunfo de su compañero, el autor principal de la Revolucion de setiembre, que mas célebre aun como poeta dramático, ofrece al consagrar su discurso al gran maestro Calderon de la Barca, ideas y conceptos, frases y figuras retóricas capaces de entusiasmar á nuestra fria é indiferente sociedad.

Solo dos fragmentos citaré: uno el que expresa los sentimientos del poeta; otro el que le sirve para trazar la época en que admiraba al mundo con sus obras el inmortal Calderon.

« Sí, nunca he podido arrepentirme, decia Ayala, de la aficion que desde niño me inspiró el teatro, porque ella alguna vez me ha granjeado el beneplácito de mis conciudadanos, porque le debo mis recuerdos mas agradables, los mejores placeres de mi vida, menos podría olvidarla hoy que acaba de concederme el preciado título con que podré mañana llamarme vuestro compañero. Diré algo, pues, del Teatro español y haré asunto de este discurso algunas de las prendas distintivas del mas legitimo representante de su índole y tendencias, del dictador de sus leyes mas generales, de aquel ingenio milagroso que aparece en la escena en medio de Lope, Tirso, Alarcon, Moreto, Rojas, Montalban, Mira de Méscua, Guillen de Castro, Mendoza y otros muchos, y apesar de tan esplendorosa y abrumadura compañía.

El cetro adquiere
Que aun en sus manos vigorosas dura.

Propósito inútil ó temerario parecerá en muchos emprender la crítica ó panegírico de don Pedro Calderon de la Barca, cuyo mérito ha sido ya depurado en el juicio definitivo de la posteridad. Los ingleses le alaban, los franceses é italianos le imitan con frecuencia, y los alemanes le estudian incansables y le aplauden con creciente entusiasmo.

Yo, en efecto, creeria innecesario este corto homenaje de admiracion al ingenio del poeta, de respeto á la nobleza del caballero y de veneracion á la virtud del sa-

cerdote, si mis palabras hubieran de encerrarse en este sitio, seguro de que no es aquí donde hay necesidad de avivar el amor á las glorias nacionales: pero estos discursos se imprimen, y copiándolos la prensa periódica, suele extenderlos hasta los últimos rincones de España, donde desgraciadamente es mas alabado que leído el autor de *la Vida es sueño*. Entiendo además que en un período en que la duda contaminando todos los espíritus, debilita el alma y hace indecisa la forma de nuestra literatura, no es fuera de propósito fijar una vez mas la atencion en aquel autor afortunado que jamás dudó y cuya fijeza de creencias y miras artísticas presta á sus obras la severa unidad que tanto contribuye á la honda impresion que causa su conjunto. Cuando olvidados de lo que fuimos, y esquivando el trabajo de estudiar lo que somos y de enseñar lo que debemos ser, pedimos á los extraños cotidianas inspiraciones, que mal disfrazadas de españolas inundan nuestros hogares produciendo igual estrago en las conciencias y en el idioma, no me parece inútil insistir en la recomendacion del gran poeta, á quien era imposible dejar de ser español ni por un momento, y en cuyas obras palpita entero el corazón de la patria.

Cuando invade nuestro teatro una literatura dramática atolondrada y raquíca, que unas veces frívola sin ingenio nos roba el tiempo sin producir deleite ni enseñanza, y otras, al sentir la frialdad de su pobreza, se finge honrada y católica y sermonea y lloriquea para conseguir la limosna del aplauso, surge espontánea en nuestra memoria el dueño de las grandes riquezas, el padre de los grandes efectos teatrales, el que, siendo de veras católico y honrado, creyó que para animar la escena necesitaba además ser inventor y poeta. Y en fin, cuando dentro y fuera de España hormiguean en el campo literario tantos mendigos de aplausos, famélicos de publicidad, que embriagados del amor que se profesan nos refieren minuciosamente los detalles mas nimios de su vida, como asunto el mas interesante á las presentes y futuras generaciones; fatigan la fotografia y visten las esquinas con sus estampas, y pródigos de sí mismos nos brindan con sus personas en todas partes, nueva y peligrosa epidemia que tiende á rebajar el carácter de los cultivadores de las letras; naturalmente se levantan los ojos á aquel varon magnánimo y constante, mas olvidado de su persona y de sus obras que lo que á la gloria de España convenia, cuya cristiana modestia permaneció inalterable en medio del favor de tres monarcas; del aplauso de todas las naciones y de la veneracion de todo un siglo, y que, si una vez habló de sí mismo, fué para mandar en su testamento que lo llevaran á la sepultura con el rostro descubierto, para desengaño de las miserias y vanidades del mundo. »

El otro párrafo anunciado es como sigue:

« Ocho siglos consecutivos, dice pintando la época de Calderon, en que nuestros padres pelearon sin tregua ni reposo por el templo de su Dios, el sepulcro de sus mayores y la cuna de sus hijos, hecho capital en nuestra historia y sin ejemplo en la del mundo, estimularon y fortalecieron prodigiosamente todas las generosas cualidades que eran necesarias para asegurar el triunfo de tan venerandos objetos: el valor indómito, propio del que teniendo á Dios de su parte, en ninguna ocasion se encuentra solo; impetuoso é incontrastable en el hombre luchando por su perdida patria, mientras no la tiene, le es estorbo la vida, como falta de esfera en que ejercitarla: la lealtad á los reyes, que, caudillos primero de sus pueblos, conduciéndolos á la victoria, y padres despues, librándolos del yugo del feudalismo, presentaron al amor de sus vasallos el doble título del beneficio y la gloria encadenando sus corazones con los naturales afectos de la gratitud y del entusiasmo; el honor acrisolado en los combates, única garantía capaz de asegurar el cumplimiento de los tremendos deberes de la guerra. Y es natural que durante una batalla de tantos soles, la mujer apareciese en la exaltada imaginacion de los guerreros, como el bálsamo de tantas heridas, el reposo de tantos afanes, el premio de tantas victorias; como la reina en fin, de un hogar defendido por el incansable ejercicio de la espada é imaginado en medio de las esperanzas de un campamento.

El amor idealizado por la guerra, el honor inflexible, la lealtad sin reservas, el valor sin excusas, fueron, pues, los eficacísimos auxiliares de la religion y del patriotismo, que fundidos en una sola idea eran el único espíritu viviente en todas las venas del Estado. Estos heroicos afectos y cualidades distintivas del español participaban de la vehemencia y exaltacion propias de la santa empresa, en cuyo servicio se habian enardecido, y á cuyo triunfo simultánea y armónicamente concurrían.

Terminada la guerra de la reconquista y antes que el sosiego de la paz y sus naturales consecuencias hubieran calmado esta vehemencia característica del español, súbitos y poderosos incentivos la estimularon nuevamente al nacer el siglo VI, hermano gemelo del emperador Carlos V. A los hijos de Mahoma reemplazaron en el campo de batalla los sectarios de Lutero: á la completa posesion de España, sucedió inmediatamente el descubrimiento de un nuevo mundo, como si la Providencia hubiera querido experimentar por espacio de ocho siglos la constancia española, antes de confiarla el sublime encargo de llevar por primera vez las banderas de Cristo á las inmensas antípodas regiones. Las guerras de religion mantuvieron en su entereza primitiva aquel carácter ferviente, osado y aventurero, creado por la reconquista y tan fielmente impreso en las sencillas y enérgicas páginas de nuestro romancero. Las novedades, encantos y misterios del nuevo mundo, las in-



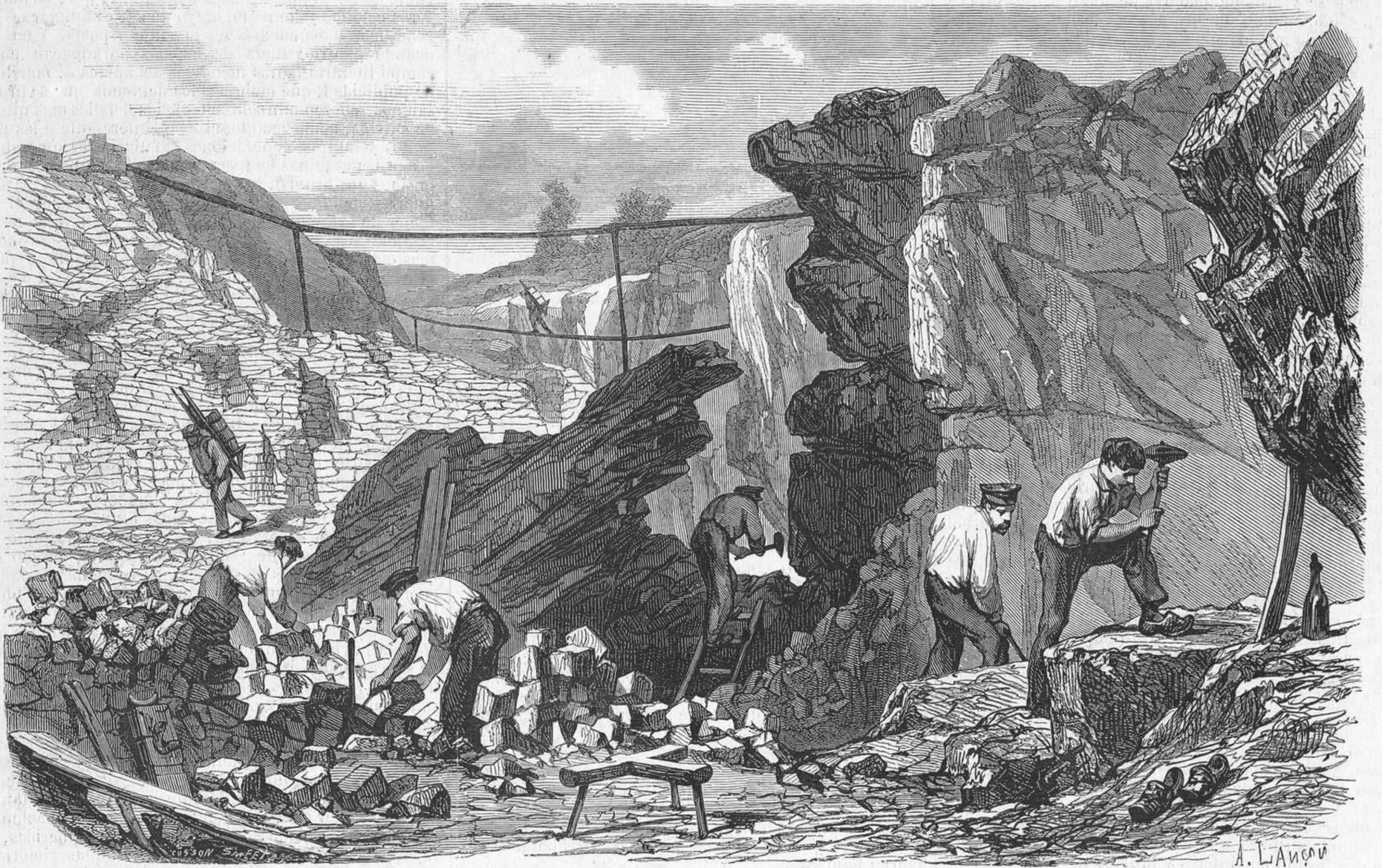
Burinaje.



La carga.



El corte.



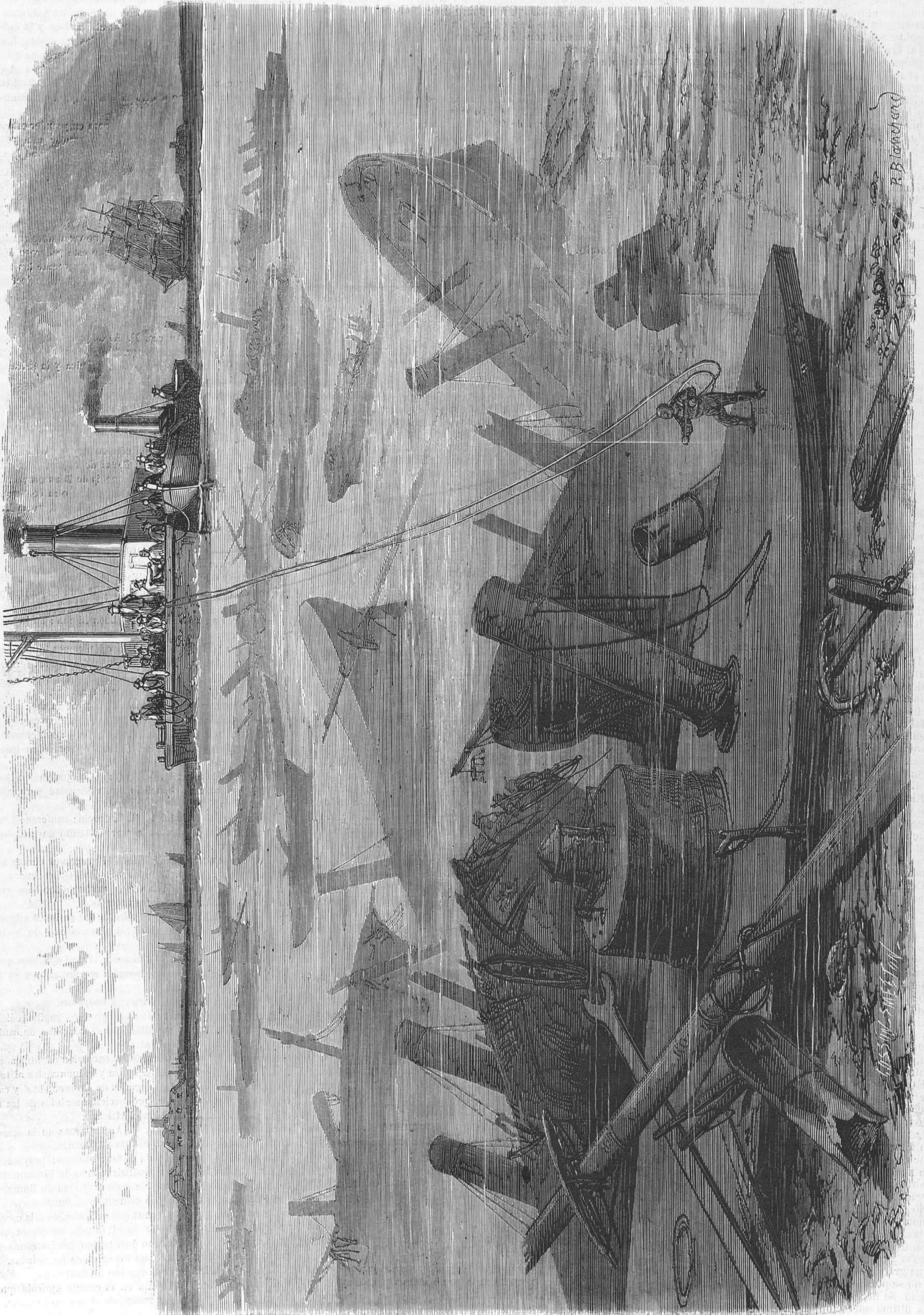
Las canteras de piedras para el empedrado en las cercanías de Paris. — Aspecto general



La division.



El transporte.



ESTADOS UNIDOS. — Obras submarinas emprendidas en la bahía de Charleston para limpiar la entrada del puerto

creibles aventuras é inauditas proezas de que fué teatro, prestaron tanta verosimilitud á las fantásticas quimeras de los libros de caballería, que no parece sino que sus primeros autores los concibieron inspirados por el vago presentimiento del próximo y maravilloso destino del pueblo castellano.

Tal era la España que don Pedro Calderon de la Barca se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo VII eran ya evidentes los síntomas de su decadencia, aunque ya podía pronosticarse que aquella voraz excitacion del espíritu habia de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca monarquía, aun no habia mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una nacion sostenida por la fe, fortificada en tan duras pruebas y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias. »

Grandes y merecidos aplausos obtuvo el gran poeta. Me he extendido mas de lo que pensaba y dejo para otra revista el exámen de los Estudios literarios de Harmsen.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1870.

El empedrado de Paris.

Un libro bien interesante podria escribirse sobre el empedrado de Paris. ¿Qué de relaciones conmovedoras, curiosas anécdotas, misteriosas intrigas y dramas sangrientos han tenido por teatro las piedras del empedrado parisiense! Pero ¿qué digo? No solo la obra existe, sino que se compone ya de una infinidad de volúmenes. ¿No tenemos la historia de la calle con sus mil sucesos de cada dia, sus analogías y sus contrastes, sus cuadros tan variados de las costumbres populares en las diversas épocas de nuestra civilizacion?

No entra en nuestra idea tratar aquí un asunto tan vasto. Tampoco investigaremos qué sistema de empedrado seria mejor para hacer mas rápidas las comunicaciones en una gran ciudad de tanto movimiento: son cuestiones cuyo estudio corresponde á los hombres especiales.

Encerrándonos en un círculo mas modesto, queremos solo dar á conocer á nuestros lectores de dónde vienen y cómo se preparan las piedras que sirven para el empedrado de las calles de Paris.

Hace veinte años se empleaban casi exclusivamente las piedras de las canteras de Fontainebleau. De allí vienen las que sirvieron para hacer las barricadas de 1848.

Después se han buscado otras canteras cuyos materiales presentaran mejores calidades de duracion para emplearlos en el empedrado de las calles en donde no se ha adoptado alguno de los nuevos sistemas, macadan, asfalto, etc.; y se han traído, en efecto, de los departamentos de Mayenne, Aisne, Ardennes, y hasta del extranjero, de Bélgica y de Prusia; pero los principales lugares de abastecimiento se encuentran hoy á pocas leguas de Paris, en el valle del Ivete, en las cercanías de Chevreuse y de Orsay.

El material es mas fino, menos poroso, mas resistente que en Sena y Marne. Así es que se han abierto desde hace algunos años numerosas canteras, que dan trabajo á una infinidad de miles de obreros.

Hé aquí cómo se efectúa la explotacion de esas canteras, cuyo aspecto general y distintas operaciones reproducen fielmente nuestros grabados.

Cuando tienen á descubierto el banco de piedra, después de haberle quitado toda la tierra que le ocultaba, proceden al *burinage*, que consiste en practicar en la roca agujeros de mina dispuestos de modo que arrancan los pedazos de piedra con la mayor regularidad posible. Dos obreros se necesitan para esta tarea: el uno sostiene y dirige el acero, en tanto que el otro le hunde á martillazos.

Luego viene la division (*mortaisage*). Aquí el obrero debe dar prueba de mucha habilidad, pues es preciso dividir una piedra á veces bastante gruesa, en pedazos de igual tamaño, y subdividir esta en adoquines regulares de la dimension que se desea. Se traza primeramente con la pica un surco poco profundo en la piedra, y luego con cuñas de acero que se introducen unas junto á otras se hacen las subdivisiones.

Estas operaciones suelen ser nocivas á la salud de los operarios por el polvo impalpable que se desprende de la cantera. Así es que los salarios que ganan son crecidos.

Las mujeres trasportan fuera los adoquines, aplicando con la mayor sencillez una ley de la estática. Ponen el gancho sobre un caballete, dándole una posieion tal, que una cuerdecilla atada á una piedra basta para mantenerle en equilibrio hasta que se halle completamente cargado.

No deja de ofrecer peligro el transporte; los hombres tienen que pasar á veces por senderos escarpados y por tablas mal sujetas á los lados de algun gran barranco.

En uno de nuestros grabados se pueden ver algunos de esos puentes estrechos y vacilantes apenas sostenidos á una grande elevacion por simples estacas, por los cuales no se puede pasar sin correr el riesgo de caer al precipicio. Se necesita un pié sólido y ejercitado.

La última operacion es la del corte (*milliage*), que

consiste en quitar las asperezas demasiado salientes y en corregir las irregularidades de forma que han podido producirse en las operaciones anteriores. Ordinariamente ponen los adoquines sobre un cubo lleno de fragmentos y de polvo de piedra, á fin de dejar cierta elasticidad á los martillazos. Por fin, amontonados y cortados los adoquines no se espera mas que los vehículos que han de llevarlos al camino de hierro.

A pesar de que se usa mucho en Paris el asfalto y el macadan, aun se emplean tambien para el empedrado muchos millones de adoquines de diversas dimensiones anualmente. En otro tiempo, la mayor parte eran cubos regulares de 0^m 23 centímetros; pero se ha observado que cuando comenzaban á usarse esos adoquines demasiado anchos, se ponian convexos y ocasionaban una desigualdad desagradable para los que andan en coche. Así es que hoy se reservan para las calles inclinadas, en donde los caballos necesitan que queden intervalos entre la piedras. Casi en todas partes se han reemplazado con adoquines de 40 centímetros de ancho sobre 46 de alto, sistema que á la ventaja de ser mas agradable á la circulacion reúne tambien la de ser mas barato.

C. P.

Obras submarinas

EMPRENDIDAS EN LA BAHÍA DE CHARLESTON.

El sitio en que se ejecutan las obras submarinas emprendidas con la idea de limpiar la entrada de la bahía de Charleston, dista poco del fuerte Sumter, y se encuentra entre las islas Morris y Sullivan. Durante la guerra de sucesion sumergieron en ese puerto la famosa *flota de piedra* que debia cerrar la entrada del puerto; y ahí tambien los buques acorazados del Norte y del Sur se dieron encarnizados combates. Diez y seis buques cargados de piedras, cuatro monitores y un número considerable de otros buques de menor importancia quedaron sepultados en el fondo de las aguas en el mismo sitio en que tuvieron efecto tan memorables luchas. Ahora bien, en la actualidad se ha formado una compañía con el objeto de sacar á flote, si es posible, los principales de aquellos buques, y esta operacion, si sale bien, tendrá la doble ventaja de limpiar completamente la bahía de las obstrucciones que á veces dificultan su entrada, y de quitarle al mar una presa cuyo valor es todavia considerable.

P. P.

Revista de Paris.

Estamos en semana santa y por lo tanto se ha dado tregua á las fiestas mundanas. Es decir, que no tenemos bailes, pues verdaderamente hablando, á esto se reduce toda la abstinencia de placeres de la sociedad de Paris durante la semana dolorosa. Los teatros siguen tan concurridos como de costumbre, y únicamente el viernes cierran sus puertas, lo cual es una buena fortuna para las sociedades de conciertos sacros. Por lo demás, en una gran capital como Paris, condenada digámoslo así, al movimiento perpetuo, nada se observa en estos dias que haga conocer al observador superficial un cambio cualquiera en las costumbres cotidianas. El comercio y la industria son implacables. Y sin embargo, no es esto decir que falte gente en los templos: muy al contrario, todas las ceremonias de la iglesia que se hacen en Paris como en todo lo restante del mundo católico, si se exceptúan las procesiones por las calles, reúnen un crecido número de fieles.

El juéves y el viernes hay una costumbre particular de Paris, que fué en un principio objeto de devocion y se convirtió muy luego en una fiesta profana. Era una romería que en el pasado siglo emprendia la gente de lujo al monasterio de Longchamp, situado en el bosque de Boulogne, entonces inculto y á larga distancia del centro de la poblacion: el monasterio desapareció hace muchos años; pero la costumbre ha seguido, y como es la época del año en que comienza la estacion de primavera, sirve en el dia para que luzcan las primeras modas los elegantes. Así es que en la tarde de esos dos dias, todo el lujo de Paris acude al gran paseo que, presenta con este motivo un espectáculo brillante. Este año el tiempo convida para semejante expedicion, y es de creer que no desmerecerá de la que ya hemos visto tantas veces.

Todo esto nos anuncia que Paris está de despedida. Con efecto, se acerca el mes de mayo y seguidamente comienzan los preparativos de viaje y las mudanzas á los pueblos de las inmediaciones, esmaltados ya con la verdura y las primeras flores de la primavera.

Nada mas agradable y pintoresco en verdad que este cerco de poblaciones campestres. Por cualquiera parte adonde se vuelvan los ojos se encuentran sitios que recrean la vista. La arboleda es incomparable. El bosque de Boulogne es como

un parque inglés comparado con la selva de San German, de Chantilly, de Montmorency, de Fontainebleau y tantas otras de menores dimensiones que circundan á la capital de la Francia con un inmenso contorno de magnífica verdura. Durante seis meses se va á concentrar allí la vida y la animacion de Paris, todos los placeres y todas las fiestas. Luego, las cosas están dispuestas de modo que las personas que por sus ocupaciones deben pasar el dia en Paris, hacen el viaje de ida y vuelta sin incomodidad alguna. Es tan fácil como recorrer de un extremo á otro la gran capital mediante los omnibus.

Pero aun nos faltan algunos dias para emprender esta vida veraniega, y debemos aprovecharlos en arrojar una postrer mirada á las cosas que mas llaman en la actualidad la atencion de los parisienses.

Una de ellas es un espectáculo de nueva creacion que apenas fundado ha venido á tomar un inmenso incremento.

Nos referimos á las conferencias.

Tenemos á la vista el programa de las que se abuncian para la semana próxima, y á fin de que vean nuestros lectores hasta qué punto se ha desarrollado este poderoso agente de instruccion general, vamos á citar brevemente las materias que en ellas se tratarán y los nombres de los lectores y oradores.

En el teatro de Cluny, M. Ferdinand de Lesseps explicará su grande obra del canal de Suez.

En la sala de San Andrés, M. A. Coquerel, hijo: el catolicismo; los dos protestantismos.

El doctor Gavaret: la química y la física, aplicadas á la fisiología.

M. Clamageran: Teodoro Parker.

El doctor Isambert: el papel medical de las mujeres.

M. Augusto Dide: la servidumbre de las mujeres, segun Stuart Mill y Prudhon.

En el teatro de la Gaité, el célebre moralista Paul Feval dará una conferencia sobre las *Bodas de Figaro* antes de la representacion de esta famosa comedia de Beaumarchais.

Al dia siguiente otra representacion con otra conferencia; esta vez será la tragedia *Medea*, y hará la conferencia M. Legouvé.

En la Escuela central: M. Longchamp, estudio de astronomía (sistema solar); M. Garnier Pagés: discurso final de la primera série de conferencias.

En el teatro del Chateau d'Eau: M. Foucher de Careil; el genio de la historia de Francia. M. H. de Lapommeraye: Franklin.

En el circo agrícola: el doctor Leon Simon; de la vacuna y sus peligros.

M. Payen (del Instituto): los criptógamos útiles; algas marinas, setas comestibles, cultivo de las trufas, fermentos animados.

M. L. Simonin: las Instituciones americanas.

En el Gimnasio de la palabra: M. Marius Laisné; sesiones de pronunciacion francesa y de lectura expresiva en alta voz.

En el teatro del Ambigu: M. F. de Faby; conferencia sobre *Otelo* antes de la representacion de la célebre tragedia de Shakespeare.

En la sala Moliere: M. J. Ferry; de la igualdad en la educacion. Conferencia á beneficio de la Sociedad para la instruccion elemental.

En el teatro del Chatelet: M. E. Garcin; conferencia sobre *Agnés de Meranie*, antes de la representacion de esta tragedia de Ponsard.

En el boulevard des Capucines el programa abraza todos los dias de la semana. El lunes madama O. Audouard responderá á M. Barbey d'Aurevilly, que ha hecho una critica fulminante contra las mujeres literatas.

El mártes M. H. Chavée hablará de las pasiones adquisitivas: fisiología de los jugadores, de los avaros y de los ambiciosos.

El miércoles M. Emile Deschanel: el mal y el bien que se ha dicho de las mujeres. Su pasado, su presente y su porvenir.

El juéves M. Victor Lefebvre: el *Bourgeois*.

El viernes M. Elwart: los maestros de capilla célebres desde 1791 hasta nuestros dias, con el concurso de cantantes y ejecutantes distinguidos.

El sábado M. C. Flammarion: excursion científica á la luna, los viajes apócrifos. La óptica y la luna vistas al telescopio. Paisajes lunares. Geografía de la luna. Luz y calor, influencias meteorológicas, produccion mecánica de las mareas; experiencias con la luz eléctrica.

En la sala de la Redoute: M. A. Esquiro; de la creacion de una Escuela libre de enseñanza secundaria.

En Neuilly: M. Feuilleret; el arte romano; proyecciones con la luz eléctrica para reproducir la vista de los monumentos y el aspecto de la campiña y de la ciudad de Roma.

Este programa no necesita comentarios. Puede decirse que lo abraza todo, y si advertimos que está elegido á la casualidad, ó mejor dicho, porque es el último, se comprenderá que durante todo el invierno han tenido los parisienses en qué utilizar para su instruccion los ocios de las veladas.

Hay conferencias de estas que son brillantes.

El viernes último hubo una en el círculo Agrícola que ha sido muy celebrada, y con razon, en el mundo literario.

M. Victor Laprade, miembro de la Academia francesa, ha-

bló sobre la « Poesía de Lamartine. » Un poeta juzgaba á otro poeta.

El juicio fué en verdad lo que podía esperarse.

M. Victor Laprade nos dijo que con el libro de las *Meditaciones* comenzo una gloria sin mancha, á pesar de algunas sombras que se disiparon en breve. « La idea de Dios es el principio de mi poesía », escribió Lamartine al frente del primer volumen, y todas sus obras han sido fieles á ese principio.

El orador dice que si tuviera que definir al gran poeta en su esencia, diría que es ante todo el poeta del sentimiento religioso.

Después emprende á grandes rasgos el análisis de las principales obras, y su juicio es siempre el de un admirador entusiasta.

El exámen de *Jocelyn* es digno de notarse.

M. Victor Laprade elogia cual se merece ese poema de ternura y de poesía que se apodera del alma y la penetra hasta extasiarla. Dice que es una obra única, sin modelo como sin rival en la lengua francesa, y recuerda las palabras de M. Sainte-Beuve, que celebraba en Lamartine « el Homero de un género doméstico, de una epopeya de familia. »

Para M. Victor Laprade la obra de Lamartine es « la mas alta expresion de esa forma nueva y enteramente cristiana de la epopeya que eleva la vida de familia á la dignidad de la historia, que concede á los destinos individuales un ancho puesto en la pintura de los acontecimientos nacionales, que no expresa menos el heroísmo oculto y la íntima grandeza del alma, que la virtud militar y la grandeza política; es la única poesía que tiene derecho para repetir esta antigua frase: « Yo soy la poesía humana, y nada de lo que es humano deja de ser de mi competencia. »

M. Victor Laprade es demasiado inteligente para no señalar en su análisis crítico las imperfecciones de la obra; pero ¿qué importan estos defectos de detalle, de pura forma? ¿No desaparecen ante una inspiracion que nunca se desmiente, ante una inspiracion tan verdadera, tan conmovedora y espontánea? Lamartine no pensaba nunca en las habilidades del arte. Escribir lo que sentía era su preocupación única, y de aquí el descuido que se observa á veces en sus poesías.

Hecha esta salvedad, muy rodeada de reservas, M. Victor Laprade paga su tributo de admiracion á Lamartine, tan general y completo como podría rendirle el mas humilde de sus apasionados.

Debemos abandonar ya este asunto que podría darnos materia inagotable, porque de otro modo llegaríamos al fin de esta crónica sin haber aprovechado en ella los apuntes de los acontecimientos de la semana.

No hace mucho tiempo hablamos en estas columnas de una intrincada cuestion de familia que es toda una historia.

Nuestros lectores recordarán quizás que un hombre de la mejor sociedad, llamado M. Puyparlier, fué encerrado artificialmente en una casa de locos, siendo así que según su relación y el testimonio de sus amigos, disfrutaba con toda plenitud de sus facultades mentales.

Sin embargo, M. Puyparlier continuaba en Charenton mientras los doctores alienistas redactaban sus informes para que la justicia pudiera decidir el asunto.

Ahora bien, estos últimos días debía pronunciarse la sentencia sobre una demanda de M. Puyparlier que había pedido su libertad al tribunal del Sena.

Con vista de dos informes medicales y después de haber interrogado á M. Puyparlier, el consejo desestimó la demanda y el interesado debió continuar en la casa de locos.

Mas no se dió por vencido.

A pesar de esta decision, un consejo de familia persistió en reclamar la libertad de M. Puyparlier, fundándose en una disposicion de la ley de 1836.

El director del establecimiento de Charenton se negó á ello, y entonces el consejo de familia, representado por M. de Césac, asignó al juez de paz de Charenton para que le entregara el preso.

En tal estado las cosas, la primera sala del tribunal debía dar la solucion definitiva.

M. Puyparlier pidió que se le permitiera asistir á los debates, y aunque su presencia no era necesaria, el director de Charenton accedió á su deseo, y así fué que mientras hablaba en su favor M. Jules Favre, se le vió atravesar la parte de la sala reservada al público para sentarse detrás de su abogado.

Sus celadores se quedaron en la puerta.

El procurador imperial tomó la palabra después de M. Jules Favre y su conclusion fué que el tribunal se declarase incompetente. Mientras el tribunal entró en la sala de las deliberaciones, todo el mundo se levantó, como es costumbre y M. Puyparlier se fué á hablar con su procurador.

De repente se observa un gran movimiento en la sala de audiencia. ¿Qué ha sucedido, pues?

Una cosa bien inesperada: el director de Charenton y los celadores han perdido de vista á M. Puyparlier.

¿En dónde está el loco?

Hilaridad: una animacion suma reemplaza el ruido de las conversaciones particulares.

Buscan á M. Puyparlier por todos los rincones, sin encontrarle; se dirigen á las salas contiguas, lo registran todo; ¡vana esperanza! El loco no parece.

Se cree que tomó alguna de las escalerillas que tanto abundan en el Palacio de Justicia, y que le habrán dejado pasar como á un hombre cualquiera.

El tribunal se declaró incompetente en medio de las risas prolongadas del auditorio.

No hemos tardado en tener noticias del fugitivo.

M. Puyparlier está en Londres.

Inmediatamente que con tanta oportunidad supo tomar las de villadiego, se disfrazó con una barba postiza y marchó á Inglaterra, anunciando su llegada á su familia con un telegrama.

Después ha escrito las circunstancias de su viaje, y dice que en Londres apelará al exámen de los principales alienistas ingleses, y dará á luz una obrita de comparacion entre el saber de aquellos y el de sus compatriotas.

¿Sabremos á todo esto, si M. Puyparlier está loco ó no está loco?

En punto á novedades teatrales seguimos en la misma indigencia que la última semana. Y lo peor es que nada se anuncia en el horizonte dramático, ni siquiera una de esas obras de grande aparato escénico que, á falta de producciones verdaderamente literarias, llaman sobremanera la atencion de los parisienses.

A propósito de maquinaria, el mundo de los maquinistas se halla á la expectativa de una novedad que debe hacer época en sus anales.

Se trata de un episodio escénico que el compositor del porvenir M. Wagner, ha ideado para exornar una de sus óperas.

Dícese que se ha complacido en aglomerar las dificultades, habiendo una entre todas que si se vence será el triunfo de la maquinaria.

La escena en cuestion tiene por título: *Cabalgata de las Walkirias*; y parece ser que nueve de estas doncellas deben atravesar las nubes montadas en caballos vivos para llevar á la Walhalla los cadáveres de los héroes muertos en los combates.

Escriben de Munich, que es donde debe ponerse en escena tan asombroso y original cuadro, que no se han encontrado mujeres que quieran emprender tan arriesgada expedicion por los aires; pero que en vista de la insistencia del compositor, se han ofrecido unos mancebos de buena voluntad y sobre todo buenos jinetas á reemplazarlas.

Desde luego auguramos un feliz éxito á toda partitura, aun cuando sea de Wagner, que ofrezca al público, de cualquier país del mundo, tan extraordinaria cabalgata.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

MI BIEN PERDIDO.

GLOSA.

*No es menester que digais
Cuyas sois mis alegrías,
Que bien se ve que sois mías
En lo poco que duráis.*

CALDERON.

¿A dónde fortuna avara
De rigor y de tormento
Llevas el fuego violento
Que en el alma se abrigara?
Con razon me lamentara,
Lisonjas, que así trocáis
Las esperanzas que dais
Con ese halagó mentido,
Cuando que es mi bien perdido
No es menester que digais.

Un porvenir deleitoso
Viera la mente soñando
Y era yo mas feliz cuando
Él era mas engañoso;
Mas de mi estado enojoso
Al penetrar las falsías,
Huyeron los bellos días
Que un ensueño me ofreciera
Sin que conocer pudiera
Cuyas sois mis alegrías.

Jamás hallé la ventura
Que otros del mundo lograron,
Que al paso que ellos gozaron
Yo sofoqué mi tortura.
Quimeras con amargura
La suerte me ofrece impía;

Cuyas débiles porfías
Que con su veneno cunden
Tan falaces se confunden
Que bien se ve que sois mías.

¡Ay!... el que ciego devora
Su oculto amor, nada alcanza
Si le falta la esperanza
Feliz y consoladora.
Abrigarla quise una hora;
Mas tan desaladas vais,
Lisonjas, cuando buscas
Con ese empeño la muerte,
Que imágen sois de mi suerte
En lo poco que duráis.

J. GUILLEN BUZARAN.

La Habana.

Un amigo nuestro que acaba de hacer un viaje á la Habana, nos dirige con una porcion de dibujos algunas notas escritas de prisa, pero bajo esa impresion de la primera ojeada que se apodera al vuelo de la fisonomía general de las cosas, sin entrar en el minucioso estudio de los detalles.

De esa correspondencia vamos á tomar algunos párrafos para que acompañen á nuestros dibujos, pues el *Correo de Ultramar* no ha esperado hasta hoy para insertar en sus columnas ilustradas artículos mas estudiados y completos acerca de la isla de Cuba; antes por el contrario, fué uno de sus primeros cuidados, como puede verse en el tomo I de nuestra coleccion (año 1853).

La Habana, dice nuestro corresponsal, se despliega magníficamente en el fondo de una espléndida bahía. La entrada del puerto es fácil: el buque de vapor no corre ningun peligro, no hay escollos ni arenas movedizas. Por una parte distingo el castillo de la Punta, y por otra sobre un peñasco el Morro con sus baterías y su faro: tambien veo la línea de fortificaciones de la Cabaña y la Casa Blanca. Oímos la campana: la quilla del buque surca las aguas ya mas serenas del mar. ¡Qué de embarcaciones reunidas en ese puerto! ¡Qué asamblea cosmopolita de todas las banderas!... Estamos en tierra.

Una volanta me introduce en la ciudad. Las calles son regulares, pero estrechas, y en todas ó en casi todas las casas hay balcones y rejas.

El calor es extraordinario. Pero antes de marcharnos á paseo extramuros, echaremos una ojeada á la plaza de Armas y á la Intendencia, monumento mas marino que elegante, bañado por el mar y que en caso necesario defendería á la ciudad, cruzando sus fuegos con los castillos de la Cabaña y del Morro.

La plaza de Armas despierta un recuerdo religioso é histórico: allí se celebró por primera vez la misa en la isla bajo los auspicios de Cristóbal Colon.

Luego entro en la catedral donde veo el sepulcro del revelador de la América. El nuevo mundo conserva las cenizas de Colon.

El busto del gran navegante que está en el sepulcro no se parece en nada al retrato de Sevilla: es extraño que una figura como la de Colon no haya sido reproducida fielmente por ningun pincel. Le representan con todos los aspectos, corto de estatura, alto, moreno y rubio.

En documentos que creo auténticos, consta que era mas bien un hombre de estatura ordinaria. Tenia la cabeza abultada y la nariz aguileña, los ojos pequeños tirando á pardos; el cutis trasparente; su barba y sus cabellos bermejos en su juventud encanecieron pronto. Era hombre de carácter alegre y decididor; en la discusion moderado y elocuente. Afable con los forasteros se mostraba con los suyos discreto, pero amable y bondadoso.

Abandono definitivamente la catedral y las calles de la ciudad, sin olvidar por eso á Colon, cuyo recuerdo vive sobre el mundo entero.

Estoy en el grande y hermoso paseo que llaman la Alameda, paseo que se extiende de la ciudad á la bahía y que tiene cuatro calzadas paralelas, dos de ellas para los coches.

Son las cinco de la tarde y aparecen las señoras. ¡Magnífico espectáculo! Las habaneras no han usurpado su reputacion de bellas y graciosas. Un lujo brillantísimo. Los carruajes pasan ligeros como el viento: repito que es un espectáculo digno de admirarse.

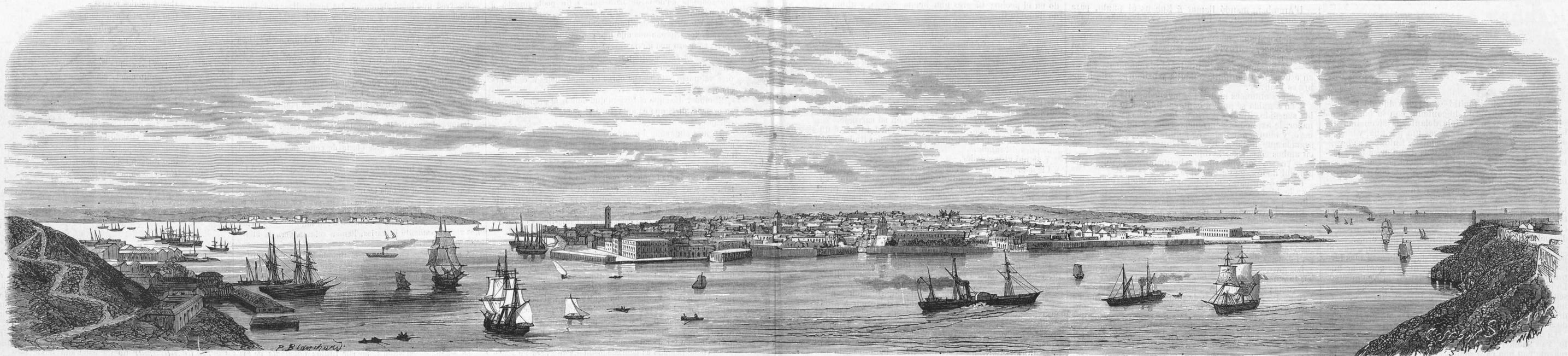
En medio de la Alameda pregunto cuál es el destino de uno de los edificios que se ven en mis dibujos.

— El teatro de Tacon, me responden.

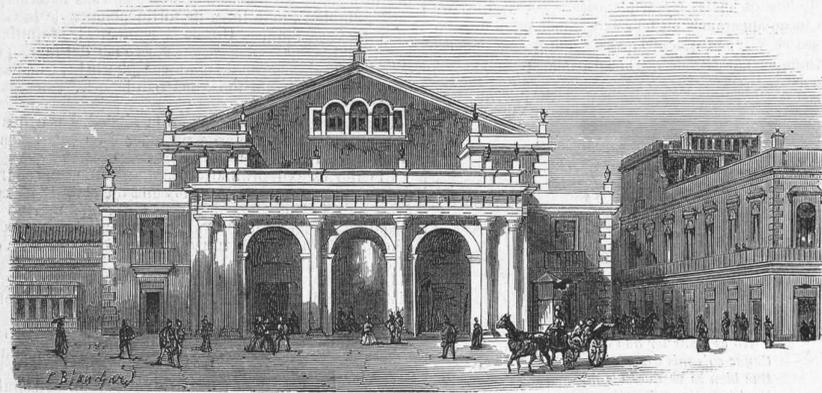
El general Tacon trasformó la ciudad de la Habana y la gratitud pública le ha elevado estatuas y palacios.

Muchas fiestas me esperan en la Habana, entre ellas la del día de Reyes que celebran los negros disfrazándose, emborrachándose y bailando. Es una algazara indescriptible. Basta por hoy: es probable que muy luego me decida á enviar mas dibujos y mas noticias sobre la Habana.

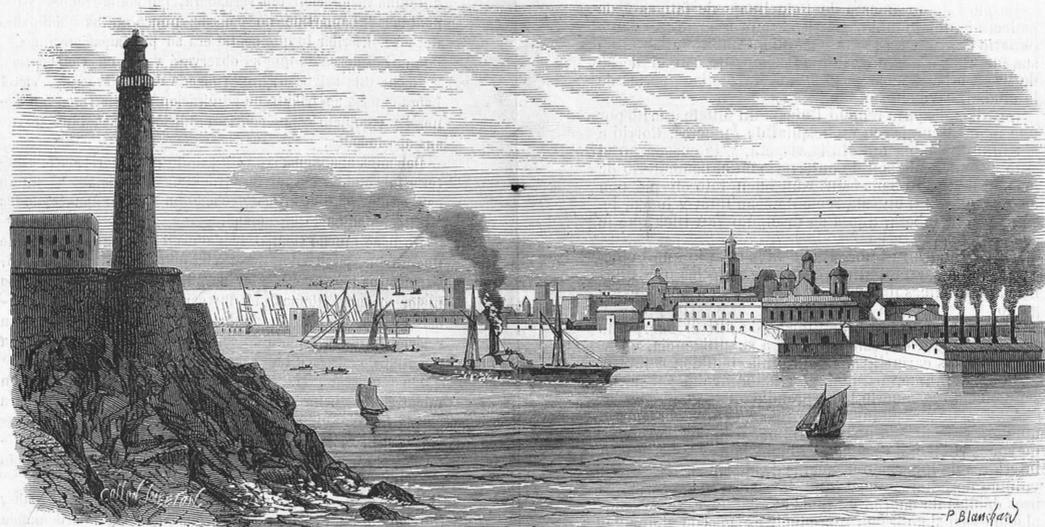
R. C.



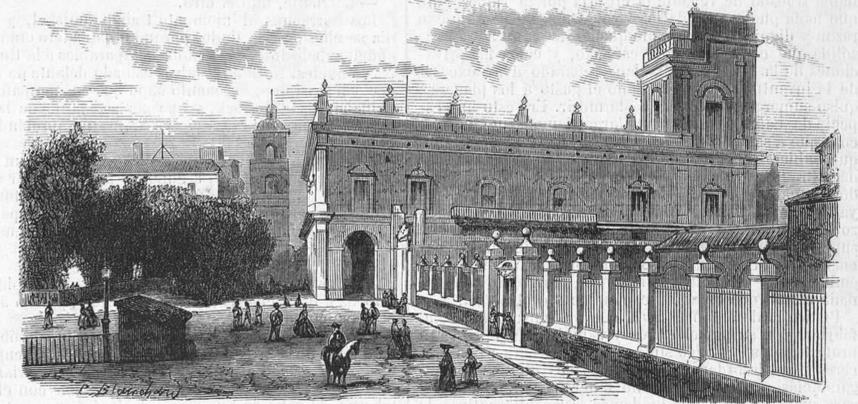
VISTA GENERAL DE LA HABANA.



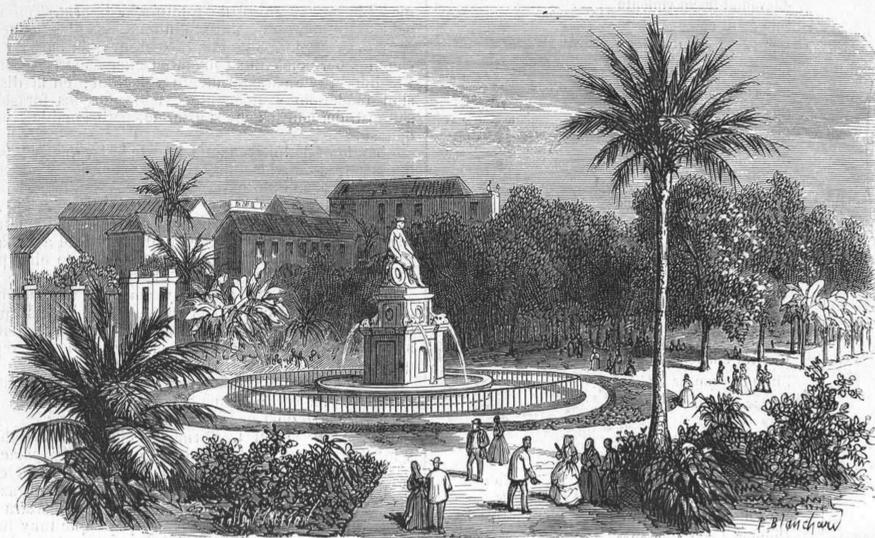
El teatro de Tacón.



Entrada del puerto de la Habana.



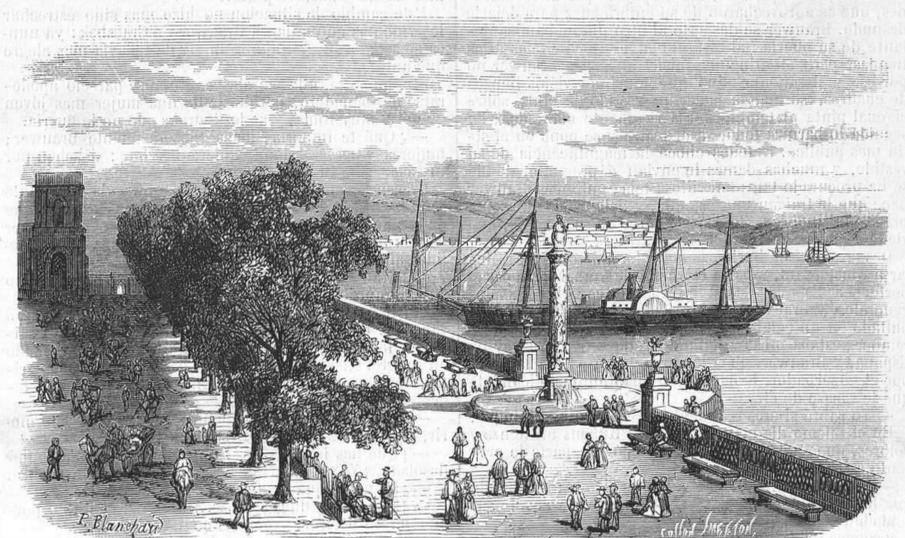
La Intendencia.



Fuente de la India en la Alameda.



El día de Reyes en la Habana.



Alameda de Paula.

Adriano Brauwer.

(Conclusion.)

— ¡Cien ducados! repitió este; ¡cien ducados!

Y se sentó embargado de contento con la bolsa temblando en su mano. Vacía delante de sí encima del banco de piedra, contó las piezas una por una, y la vista de los ducados acabó de persuadirle. Entonces se levantó como un loco, se puso á bailar, á cantar, á dar vueltas, y en seguida cogiendo al posadero para abrazarle.

— ¡Van Soomeren, le gritó, yo quiero hacer tu fortuna; tengo oro, mira, oro!

Y hacia sonar la bolsa en sus manos.

— Soy rico como un rey, ahora... De beber. Van Soomeren, sírveme todos los vinos de tu bodega; pon á asar todo tu corral; convida á todos los pasajeros. Esta noche doy de cenar á la ciudad de Amsterdam. Derrocha, derrocha, yo lo pagaré, que para esto tengo oro...

Van Soomeren, en quien hacia mucho tiempo que el posadero habia absorbido al artista, no hizo el mas leve esfuerzo para disuadir á Brauwer, ni para contener una prodigalidad que habia de redundar en provecho suyo. Lo que hizo fué convidar á los vecinos para que viniesen á tomar parte en el parabien de su huésped, y él mismo, trocando el vestido de cocinero por el sayo cuadrado de los hermeses, tomó asiento como un convidado á la mesa que él mismo habia dispuesto.

La orgía duró tres días; pero hacia el medio del cuarto, Van Soomeren, que se habia eclipsado, apareció de repente con una cara sombría y majestuosa, el gorro de algodón caído sobre la oreja, el mandil en guisa de bandolera, y un papel muy largo en la mano.

— ¿Qué nos quieres? fantasma, exclamó Brauwer que estaba borracho.

— Mi amo, es la cuenta.

— ¿A cuánto asciende?

— A cien ducados.

— Tómalo, y ahora da al diablo tu papel, tu gorro de algodón, tu mandil, y ven á beber lo que queda.

Desde aquel día estaba escrito el destino de Brauwer: habia trocado de repente la miseria por la riqueza, sin que nada pudiese ayudarle á soportar este cambio con razon y dignidad. Era, como queda dicho, un alma poco sólida que cedía al menor esfuerzo, y como las privaciones de la infancia le habian preparado á los excesos de la juventud, desde que tomó el gusto á los placeres, quiso sumergirse en ellos hasta morir. Era esto una especie de hambre sufrida por largo tiempo, que no hay cosa que á satisfacerla baste. En cuanto á los escrúpulos que hubieran podido servirle de rémora en este desorden, Brauwer no experimentó ninguno: le habian criado sin mas freno que el miedo, y una vez disipado este, ya no conoció barrera alguna. Por otra parte, su corazon habia perdido muy temprano el tacto delicado que suple á veces á la moral: habia sido infeliz durante demasiado tiempo para que su sensibilidad no se hubiese embotado; y para estimular sus sentidos, eran precisas nada menos que todas las excitaciones de la orgía.

Pudiendo de entonces mas, como él mismo lo decia, fabricar con su pincel letras de cambio que jamás eran protestadas, se entregó sin reserva ni mesura á los placeres mas desordenados. Por enormes que fuesen sus ganancias, poco tardó en no tener bastante con ellas para sus caprichos. Por lo demás, estas alternativas de abundancia y de miseria le inquietaban muy poco, y hasta encontraba en las últimas frecuentes ocasiones de ejercitar su buen humor.

Una noche que se volvía á su casa vestido con el único traje que le quedaba, fué despojado por unos ladrones, que se aprovecharon de su embriaguez para dejarle desnudo. Brauwer se despertó al otro día en camisa delante de su puerta: al instante envió á pedir telas á las tiendas, pero en ninguna quisieron fiarle. Brauwer no por eso se desalienta, sino que tomando viejos lienzos de cuadros, se manda hacer un vestido de ellos, sobre el cual pinta al temple flores ricamente coloradas; en seguida lo barniza todo, va al teatro y se pone en el sitio mas público. A todos choca la magnificencia de su vestido, y muchas damas le envían á preguntar dónde se ha procurado tan maravillosa tela; entonces Brauwer hace que le traigan una esponja, y delante de la asombrada multitud lava todas las flores de su vestido, que viene á quedar en una tela fea y grosera.

Después de esta burla sus acreedores le obligan á dejar á Amsterdam, y parte la vuelta de Amberes sin pasaporte. La España estaba en guerra con los Estados generales, y Brauwer fué arrestado como un espía y sepultado en un calabozo de la ciudadela. El duque d'Aremberg estaba preso allí tambien de orden del rey de España, y Brauwer, que viéndole en un patio, le tomó por el gobernador, le explicó su quebranto suplicándole que le sacase de él.

— Yo sabré si eres realmente un pintor, dijo el duque.

En el mismo día mandó á pedir á Rubens un lienzo y colores, que envió al preso, y este por su parte le presentó á los dos días su obra.

— ¡Vive Cristo! exclamó el duque riendo; ¿qué es lo que ha hecho aquí? Este es el viejo Alonso y dos de sus soldados jugando á los naipes.

Brauwer habia reparado en efecto el día antes en este grupo de soldados en el patio, y lo habia copiado.

D'Aremberg mandó llamar á Rubens al punto, para enseñarle el cuadro, y Rubens, que se exaltaba con facilidad, se deshacia en admiraciones y alabanzas.

— Señor duque, 600 florines os ofrezco por este lienzo.

— Gracias, Pedro; lo quiero conservar. Pero ¿de quién lo creéis?

— Yo no conozco sino un hombre que pueda pintar en este género con tanta valentia y primor, y este hombre es Brauwer.

— Pues entonces no me ha engañado, dijo el duque.

Y en seguida se puso á contar á Rubens lo que le habia sucedido. Rubens corrió al instante á casa del gobernador, le explicó la ocurrencia, salió garante del prisionero, y obtuvo una orden de soltura. Habiendo hecho en seguida que le llevasen al calabozo de Adriano, le besó en ambos carrillos y le dijo:

— Yo soy Rubens, vuestro hermano en pintura: venid, mi dueño, que estais libre.

Lo llevó sin parar al palacio que habitaba en Amberes, le hizo dar ricos vestidos, un cómodo y espacioso estudio, y le declaró que no le dejaría salir.

Brauwer se conmovió mucho al principio con esta espléndida y cordial hospitalidad; pero no tardó en encontrarse atado con ella. El palacio de Rubens, adornado de estatuas, rodeado de flores, tapizado todo él de lienzos y de frescos preciosos, convenia poco al abonado á las tabernas de Amsterdam.

Los graves señores españoles que sin cesar encontraba, le embarazaban; no sabia qué actitud guardar en su presencia; sus mismos vestidos tan lujosos le traian mal á su gusto, y su sombrero de plumas le pesaba. Muchas veces estuvo tentado á huir de su dorada prision, como habia huido en otro tiempo de su desvan. Finalmente, un día que habia reunion en casa de Rubens, y que una multitud brillante se agolpaba en los salones, Brauwer, no pudiendo soportar por mas tiempo este aparato, se escapó desesperado, corrió á la otra punta de Amberes, y entró en una taberna.

— ¡Que traigan de beber! gritó con el tono que sabia tomar en casa de su amigo Van Soomeren; porque en poniendo el pié en el umbral de la taberna, encontraba todo su desenfado.

Fué pues á acomodarse en una mesa, á la cual estaba ya sentado un hombre del pueblo, que á lo que podia colegirse por su traje, debia de ser un panadero.

— Maese, le dijo alegremente Brauwer, ¿quieres emborracharte conmigo? Yo haré el gasto.

— Corriente, dijo el otro.

Los borrachos al momento traban amistad, y aquel día se charló de lo lindo, porque el panadero era uno de aquellos bebedores sin fondo, comparables á la tinaja de las Danaides. Adriano estaba pasmado delante de tal capacidad; así que, en cuanto supo que su compañero se llamaba José Craesbek, y que gustaba tanto de la pintura como de la cerveza vigorosa, le dijo apretándole la mano:

— Escucha, José; tú me gustas porque eres un hombre á la buena de Dios, á quien se puede hablar con el sombrero puesto, y que no mira si todos los botones de los gregüescos están en su sitio: yo no quiero separarme ya de tí: mañana vengo á vivir contigo: yo te enseñaré á pintar, y tú me enseñarás á beber.

— Desde luego.

Al día siguiente, en efecto, Brauwer se despidió de Rubens á despecho de los ruegos de este, y vino á establecerse en casa de su amigo Craesbek.

El panadero, por su parte, era un hombre de observacion silenciosa pero profunda. Después de desocupar su horno todas las tardes, subía al cuarto de Adriano, le miraba pintar, y luego al anochecer se iba con él á la taberna. Al cabo de seis meses declaró á su maestro que se sentía capaz de ensayar un cuadro, y su primer bosquejo pareció tan reparable á Brauwer, que le excitó á trabajar seriamente. El panadero siguió el consejo, y en poco tiempo hizo tales adelantos, que pudo dejar su primer estado y hacerse pintor.

Este cambio de situacion no hizo mas sino estrechar los vínculos que unian á Brauwer y á Craesbek: ya nunca se separaron, y trajeron una vida todavía mas alegre que antes.

Sin embargo, una secreta pesadumbre pareció apoderarse del panadero, porque tenia una mujer mas jóven que él y muy linda, y se le figuraba que no le queria.

— ¿Qué te importa? decia filosóficamente Brauwer; mujeres y cerveza donde quiera las hay: si beben por tu vaso, bebe tú por el ajeno.

Craesbek, empero, no era muy amigo de semejante moral. Un día se separa de su amigo mas sombrío que de costumbre, y sube á su estudio dejando á Brauwer con su mujer. Estos oyeron muy en breve suspiros y quejidos ahogados.

— ¡Gran Dios! exclamaba Brauwer; ¿habrá hecho José algun disparate?

Corre seguido de la mujer, y ambos encuentran á Craesbek tendido en medio del aposento, con un cuchillo en la mano, con el pecho abierto y todo inundado en sangre. Al ver esto su mujer da descompasados gritos, toma á su marido entre brazos y le cubre en lágrimas.

— He creído que no me amabas ya, y he querido morir, dijo el panadero con desfallecida voz.

— ¡Qué has hecho, José! ¡José mio! repite la mujer desolada. ¡Yo no amarte ya!... ¡ah! no te sobreviviré.

— ¿De modo que segun eso me quieres?

— ¿Todavía lo dudas? José... Dame el cuchillo, porque quiero herirme y perecer contigo.

— Es inútil, dijo Craesbek levantándose de un salto y limpiándose con su manga la herida que se habia pinta-

do en el pecho; tú eres una buena esposa, y ahora ya no dudo de tí.

Como quiera, la intimidad cada dia mayor de los dos pintores ocasionaba á cada paso mayores desórdenes: no se hablaba en Amberes de otra cosa que de sus escandalosas orgías, y las cosas llegaron á tal extremo, que los magistrados se creyeron obligados á ponerles un término. De consiguiente se apoderaron de Brauwer, y le dejaron fuera de la ciudad con prohibicion de entrar mas en ella.

Nuestro pintor se encontró al principio bastante atado, pero por la tarde topó con un mercader que iba á Francia, y que le ofreció un asiento en su carruaje.

— En hora buena, dijo Brauwer riendo: tú vas á un pais donde el vino es bueno y las muchachas lindas: vamos pues á Francia.

Y siguió al mercader.

Llegado que hubo á Paris, creyó que bastaria nombrarse para encontrar admiracion y simpatía como en los Países Bajos, pero se desengañó cruelmente, porque nadie le conocia allí, y no le compró nadie sus cuadros. La nobleza francesa de esta época era por otra parte sobrado elegante y pulida para gustar del género de Brauwer. Todavía no habia llegado el dia en que el rey mas gentil hombre que ha tenido la Francia, debia decir viendo cuadros de Teniers:

— Quitad de delante sus mamarrachos.

En cuanto á la clase media, era muy poco conocedora, y mas se ocupaba en querellas y revueltas políticas que en pintura.

No encontrando en Paris mas que humillacion y miseria, Brauwer tomó la determinacion de tornar á Amberes; pero el camino era largo, y era preciso que lo anduviese á pié, porque estaba sin recursos. Es lícito creer que durante estos viajes fatigosos Brauwer se arrepentia mas de una vez de sus locas disipaciones y de su fatal imprevision. La experiencia llega siempre tarde en demasía para los espíritus ligeros; pero viene infaliblemente un dia y una hora en que se les aparece la verdad, solo que este dia algunas veces no tiene mañana, y esta hora es la última.

Después de dos meses de todo linaje de fatigas y de padecimientos inauditos, divisó Brauwer por fin el campanario de Amberes; pero cualquiera hubiese dicho que sus fuerzas se habian sostenido solamente con el deseo de llegar allá. Apenas pasó el umbral de las puertas de la ciudad, cayó sin sentido.

Dos días después recibió Rubens un billete escrito por una mano trémula en el hospital de Amberes. Corrió á él: Brauwer habia muerto la víspera, y le enseñaron el sitio en que acababan de enterrarle en el cementerio de los apesados. Rubens estuvo un buen rato en pié con los ojos clavados en esta reciente sepultura, y luego, levantando la cabeza, dijo á su discípulo Van Diek que le acompañaba:

— Era un gran pintor, y solo Dios sabe lo que hubiera llegado á ser con otra educacion; pero los niños demasiado infelices no pueden convertirse en hombres de genio.

Poco después hizo sacar Rubens de allí el cuerpo de Brauwer, que se depositó, gracias á su diligencia, en la iglesia de los carmelitas. Se disponia tambien á levantarle un monumento fúnebre, y habia hecho ya su diseño cuando la muerte le sorprendió en 1640.

A pesar de su conducta desarreglada, Brauwer trabajó mucho, y ha dejado un gran número de cuadros, cuya mayor parte son de pequeña dimension, y representan interiores de taberna ó quimeras de aldeanos. Es curioso y digno de notarse que este pintor, como todos los hombres débiles de cuerpo y tímidos de carácter, se ha complacido casi siempre en reproducir escenas de violencia. Sus aldeanos riñendo á cuchilladas, y sus soldados degollándose en un mal lugar, son de una verdad que da miedo. En lo demás, toda la pintura de Brauwer respira ese lujo de accion que las obras de Callot poseen en tan eminente grado, y que á veces falta á las de Teniers. Este tiene mas vigor tranquilo y un color mas reposado; pero Brauwer le es superior en el movimiento. Hay un no sé qué de febril en sus composiciones; sus pinceladas son á la vez ardientes y convulsivas, como si trasluciera la débil naturaleza que por ellas se exhala. En lo que toca al dibujo, es como el de toda la escuela flamenca, menos elegante que verdadero, menos correcto que sentido.

B. P.

Aventura de un estudiante aleman.

I.

En la época en que agitaba á la Francia la tormenta revolucionaria, atravesaba un jóven aleman, para retirarse á su casa, los barrios mas antiguos de Paris en medio de una noche tormentosa.

Brillaban en el cielo frecuentes relámpagos, y retumbaba el trueno con espantoso ruido por cima de los altos tejados de aquellas estrechas calles. Pero antes de pasar adelante, hablemos lo necesario acerca de nuestro jóven aleman.

Godofredo Wolfgang, descendiente de una ilustre familia de Alemania, habia seguido durante algun tiempo

sus estudios en la universidad de Goetinga. Las vagas y abstractas doctrinas que han trastornado tantas buenas cabezas alemanas, no tardaron en producir funestos efectos sobre su imaginación visionaria y entusiasta, afectando al mismo tiempo su razón y su salud.

Debilitaron su cuerpo y su mente las místicas meditaciones del espiritualismo, y su obstinada aplicación á teorías abstractas é impracticables, hasta el punto de llegar á rodearse, como Swedemburg (1), de un mundo imaginario.

Persuadióse, pues, que vivía sometido á la influencia fatal de un genio enemigo que le perseguía incesantemente y conspiraba para su pérdida: idea que acabando de destruir un temperamento melancólico, le redujo á un estado mental verdaderamente lastimoso, con lo que se mostraba de día en día mas meditabundo y sombrío.

No tardaron sus amigos en descubrir la naturaleza de la enfermedad que devoraba su alma, y juzgaron que para mitigar sus efectos sería lo mas acertado variar la escena de sus sensaciones; por lo cual le persuadieron á que fuese á terminar sus estudios al teatro del lujo y de la locura, á la capital de la Francia.

II.

Llegó Wolfgang á Paris en los principios de la revolución, y pronto se apoderó el delirio popular de su exaltada imaginación. Sedujéronle las teorías filosóficas y políticas, entonces de moda; pero los sangrientos excesos á que dieron origen no tardaron en hacerle odioso al comercio de las gentes, y empezó una vida aun mas retirada y estudiosa que la que habia seguido en su patria.

Sepultóse en una recóndita habitación del *Barrio Latino*, barrio exclusivamente dedicado á las universidades y colegios, donde habita por lo general toda la juventud estudiosa de Paris; y allí, en el fondo de una calle estrecha y sombría, no lejos de las doctas paredes de la Sorbona, se dió de nuevo á la investigación de sus hondas especulaciones favoritas.

Consagraba muchas veces horas enteras á las grandes bibliotecas catacumbas de los antiguos escritores, donde entre el polvo que cubría algunos de sus ya olvidados escritos, buscaba el triste alimento que convenia á su gusto estragado; semejante á aquellos hambrientos vampiros que designan las *Mil y una noches* bajo el nombre de gulos, ansiosos devoradores de cadáveres.

Un temperamento en extremo enérgico, tanto mas terrible cuanto siempre habia ejercido su influencia sobre una ardiente imaginación, dominaba sin embargo á nuestro jóven solitario. Demasiado nocivo y poco familiarizado con el mundo para embarcarse en el piélagos del amor, admiraba en secreto á las mujeres y suspiraba por su hermosura.

Solo, en el estrecho zaquizamí, recorría en su pensamiento y creía ver presentes las formas y facciones que mas impresion le habian hecho durante el día; é inflamada así su imaginación con estas imágenes, creó un tipo ideal de belleza mujeril, superior á la misma realidad.

Una noche, hallándose bajo la influencia de esta exaltación cerebral, tuvo un sueño que produjo sobre él un efecto extraordinario. Se le apareció una mujer de nunca vista hermosura, y fué tal la impresión que le produjo este sueño, que la misma aparición se repetía diferentes veces, no solo en la calma de la noche, sino tambien durante el día.

Wolfgang en fin se enamoró ciegamente de la imagen creada por un sueño; y tanto se prolongó esta sensación que llegó á ser en él una de aquellas ideas fijas que persiguen sin interrupción á las almas melancólicas, y que son con harta frecuencia seguros síntomas de locura.

En este estado se hallaba Wolfgang en la época de que tratamos. Volviendo, pues, á su casa, una tempestuosa noche de invierno, por las antiguas y desiertas calles del *Marais*, oyó los estampidos del trueno que resonaba sobre los altos tejados, y habiendo llegado á la plaza de *Greve*, sitio fatal donde se ejecutan las sentencias de muerte, vió serpentear frecuentes relámpagos sobre la cima del antiguo *Hotel de Ville*, que bañaban con un siniestro resplandor todo el espacio en que despliega este edificio su ancha fachada.

Hirió repentinamente los ojos de Wolfgang el aspecto de un cadalso levantado en mitad de la plaza, y este espectáculo llenó su alma de amargura; hallábase al pié de la guillotina, horrible instrumento, siempre pronto bajo el régimen del terror á lanzar nuevas víctimas en el sepulcro.

Bañábanle incesantemente los verdugos en la sangre de la inocencia y de la virtud; aquel mismo día habian perecido en él gran número de desgraciados, y parecia estar esperando nuevas víctimas, levantado en medio de aquella gran ciudad sepultada en el sueño y en el espanto.

Lleno su corazón de angustia y horror, se alejaba Wolfgang temblando de aquel espantoso sitio, cuando distinguió entre la sombra una forma vaga en el pié de la escalera que conducía al cadalso. Los brillantes relámpagos que se sucedían casi sin interrupción, se la hicieron distinguir mas claramente, y vió que era la de una mujer vestida de negro.

Sentada en uno de los escalones mas inmediatos al suelo de la fatal escala, el cuerpo inclinado hácia ade-

lante, ocultaba el rostro apoyándole sobre sus rodillas, y las largas trenzas de su melena flotaban sobre el suelo, empapadas en la lluvia que caía á torrentes.

Deliéñese Wolfgang horrorizado al ver esta viva imagen de la desesperación; el aspecto de aquella mujer indicaba que no pertenecía á las últimas clases de la sociedad, y sin embargo no le admiró verla en aquella situación, sabiendo que las tristes vicisitudes de aquellos tiempos, reducían en un instante á la última indigencia á muchos infelices acostumbrados antes á la opulencia y á los placeres.

Veía, pues, en la mujer que tenia delante, un ser en otro tiempo afortunado, á quien un golpe de la hacha fatal habia condenado á eterno luto y lágrimas eternas, allí, sin duda, en aquella ribera última de la vida, aquella mujer, llena su alma de amargura, habia visto lanzarse en el seno de la eternidad el objeto mas querido de su corazón.

Acercóse el jóven á ella, y la dirigió la palabra con el mas suave acento de la verdadera compasión. Levantó ella la cabeza mirándole con ojos delirantes... ¡pero cuál fué la admiración de Wolfgang, cuando á la luz de los relámpagos, reconoció en las facciones de aquella desgraciada, las que habian sido tanto tiempo el objeto de sus sueños! En su semblante pálido estaba pintada la desesperación; pero brillaba en él una celeste hermosura.

Agitado de una violenta emoción y de diversos sentimientos, vuelve Wolfgang á dirigirle la palabra, exponiéndola los peligros que la rodean á semejante hora de la noche en medio de una tan terrible tempestad, y la ofrece conducirla á casa de alguno de los amigos que tendria ella sin duda en la ciudad; pero dióle por toda respuesta estas palabras señalando con el dedo la guillotina.

— No tengo ya amigo ninguno sobre la tierra.

— Pero tendrá Vd. á lo menos un asilo...

— Sí; ¡el sepulcro!

Conmovióse mas y mas el corazón de nuestro alemán al oír estas palabras.

— Si me es permitido, dijo, hacer á Vd. una oferta, sin exponerme á ver mal interpretadas mis intenciones, ofrezco á Vd. con todo mi corazón un asilo seguro y el apoyo de un amigo franco y sincero. Yo tampoco tengo amigo alguno en esta capital. Soy extranjero en Francia y por lo tanto mi auxilio no puede serle á Vd. de mucha utilidad; pero tal cual es, disponga Vd. de él y tambien de mi vida que sacrificaré gustoso por libertarla de cualquiera que intente ultrajarla.

Habia en el tono con que pronunció Wolfgang estas palabras una gravedad llena de candor, que unida á su acento extranjero, produjo sobre la que le escuchaba un efecto favorable, tanto mas, cuanto su lenguaje no se parecia en nada al de los muchos jóvenes corrompidos que infestan las grandes capitales. Hay en el acento del verdadero entusiasmo una elocuencia que aleja toda indigna sospecha.

No dudó, pues, la extranjera, en la triste situación en que se hallaba, abandonada del cielo y de la tierra, en confiarse á la protección del estudiante que sosteniendo los trémulos pasos de su compañera, se dirigió con ella lentamente hácia el *Puente Nuevo*. Luego que hubieron llegado al terraplen donde antes se elevaba la estatua de Enrique IV, derribado ya por un populacho frenético, vieron que habia calmado casi enteramente la tempestad.

III.

Paris entero yacia sumergido en un profundo silencio; este gran volcan de las pasiones humanas reparaba sus fuerzas con el sueño para estallar de nuevo al siguiente día con una erupción mas terrible.

Llegaron en fin nuestros dos jóvenes, despues de haber atravesado las fangosas calles del *Barrio Latino*, á las tristes paredes de la Sorbona y al cabo de pocos minutos entraron en la humilde posada que habitaba el estudiante alemán.

Subió á su punto la admiración de la decrepita portera que salió á abrirlos, con el inusitado espectáculo de la llegada del melancólico extranjero dando el brazo á una mujer jóven y hermosa.

Al abrir la puerta de su modesta habitación, se avergonzó por vez primera nuestro estudiante de la pobreza de su albergue, que consistía todo él en una pieza única, semejante á los antiguos salones de moda entre nuestros bisabuelos, amueblada con algunos desaparecidos restos de una añeja opulencia.

Aquella casa habia sido habitada antes de la revolución por una de las muchas nobilísimas familias cuyo prurito era residir en las cercanías del Luxemburgo. Estaba á la sazón la susodicha sala llena toda de libros y papelotes, esparcidos aquí y allí en el mayor desorden, y se veía la humilde cama del estudiante en un rincón de la pieza.

A la luz de una vela de sebo que le dió su portera, examinó Wolfgang con mas atención á su nueva protegida, y quedó de nuevo admirado de su extraordinaria hermosura. Era en extremo blanca, muy pálida, y el ébano de sus largos cabellos flotando sobre sus espaldas, realzaba el nevado color de su rostro y de su cuello, un fuego celeste brillaba en sus hermosos ojos, cuya expresión se asemejaba algun tanto á la del delirio.

Era su cuerpo airoso, en cuanto se podia juzgar por entre los pliegues del ancho ropaje que de piés á cabeza la cubria, y era en fin su porte en extremo imponente, aunque sencillo su traje. El único adorno digno de aten-

ción que la engalanaba, era un ancho collar negro que rodeaba su cuello de alabastro y cerraba un medallón de diamantes.

No sabia cómo componerse nuestro estudiante para alojar con comodidad en su reducida estancia aquella desgracia de quien acababa de declararse protector. Lo primero que le ocurrió fué dejarla sola por aquella noche en su habitación, é ir él á dormir en la calle; pero la belleza de su huésped agitada con tal violencia su corazón y sus sentidos que no tenia aliento para separarse de ella.

Aquella mujer por su parte, se conducía de una manera inexplicable; su dolor parecia haber calmado bastante, y todavía no habia vuelto á pronunciar ni una vez siquiera el terrible nombre de la guillotina. Parecia haber excitado su confianza y conmovido su corazón las delicadas atenciones del estudiante, era evidentemente entusiasta como él, y sabido es que los entusiastas se entienden entre sí á las mil maravillas.

Declaró Wolfgang en aquella favorable ocasión á su hermosa desconocida los sentimientos que le habia inspirado, contándole además la historia del misterioso sueño que, aun antes de haberla visto, la habia hecho adorar su celeste imagen.

Conmovió mucho esta ingenua declaración á la bella desconocida, y confesó al estudiante que tambien ella por su parte habia sentido hácia él una invencible inclinación de que no acertaba á darse cuenta á sí misma.

Vivia entonces la Francia en una época no menos admirable por sus teorías que por sus acciones; en que se miraban todas las opiniones antiguas como preocupaciones supersticiosas, siendo el único culto reconocido el de la *Diosa de la razón*.

Entre las antiguas costumbres mandadas ya recoger como abusos despreciables, contábanse especialmente las formas y ceremonias del matrimonio, que para cabezas verdaderamente liberales, no eran mas que formalidades ridículas. Estaba entonces en todo su auge el contrato social interpretado Dios sabe cómo, y conocía demasiado á fondo nuestro estudiante todas sus teorías, para no sacar partido de unas opiniones que tambien se adaptaban á su actual deseo.

— ¿Por qué hemos de separarnos? exclamó: pues que nuestros corazones están de acuerdo, unidos estamos á los ojos del honor y de la razón. ¿Tienen por ventura las almas sublimes necesidad de formalidades serviles para enlazarse con legítimos nudos?

Escuchábale la desconocida con tal agitación que bien mostraba estar iniciada en los mismos principios que su interlocutor.

— Usted no tiene, la dijo, hogar ni familia... pues bien, yo la serviré á Vd. de familia y mi hogar será el suyo. Si es menester ejecutar algunas formalidades, juro que se ejecutarán... entre tanto esta es mi mano. ¡Ah! recíbala usted para siempre, juntamente con mi corazón.

— ¿Para siempre? exclamó la desconocida con tono solemne.

— Para siempre, repitió el alemán.

Y entonces la presentó su mano, que ella estrechó enajenada entre las suyas.

— Sí... tuya soy, resonó el débil murmullo de sus labios, mientras ella reclinaba suavemente su lánguida cabeza sobre el pecho del estudiante.

Levantóse este al día siguiente apenas despuntaba el alba dejando descansar á su nueva esposa, y salió á buscar una habitación proporcionada á sus nuevas obligaciones.

De vuelta á su casa halló á la extranjera tendida sobre la cama, la cabeza caída afuera y un brazo colgando; acércase á despertarla para hacerla tomar una postura mas cómoda, y habiéndola cogido una mano, vió que habia cesado todo el movimiento de sus arterias y que sus facciones estaban inmóviles y sus ojos apagados; en una palabra, se halló con un cadáver.

Horrorizado, delirante, prorumpió en agudos quejidos, que pronto pusieron toda la casa en el mayor desorden y confusión posibles.

Dióse parte á la policía, y habiendo llegado un comisario acompañado de algunos soldados, exclamó al contemplar las facciones de la difunta.

— ¡Dios mío! ¿quién ha traído aquí á esa mujer?

— ¿Quién? ¿La conoce Vd? preguntó Wolfgang inmediatamente.

— ¡Pues no he de conocerla! respondió el comisario. ¡Ayer ha sido guillotinado!

Acércase entonces á ella, desata el negro collar que ceñía su cuello de alabastro, y cae al suelo rodando su cabeza.

Un repentino horror se apoderó del estudiante.

— ¡El demonio, exclama, el demonio se ha apoderado de mí! ¡estoy perdido para siempre!

En vano procuraron mitigar su aflicción, porque esta falsa creencia se habia apoderado completamente de su cerebro. Imaginábase que un espíritu infernal habia tomado para seducirle la forma de una mujer inolada en el cadalso, y se creía víctima de esta impostura. Trastornóse, pues, completamente su juicio, y murió en un hospital de locos.

— ¿Y quién nos garantiza la veracidad de esa historia? preguntó uno de los que la escuchaban.

— El héroe mismo de ella, replicó el que la habia contado, testigo irrecusable á mi parecer. Contómela el mismo estudiante Wolfgang en la casa de locos de Charenton, donde vivía encerrado sin que tuviesen los médicos esperanza alguna de su curación.

B. P.

(1) Personaje de un cuento de Hoffmann.

ESTUDIOS SOBRE LA LUZ.— Sus procedimientos, produccion, empleo, utilidad, inconvenientes, etc., por Cham.



En la tragedia.



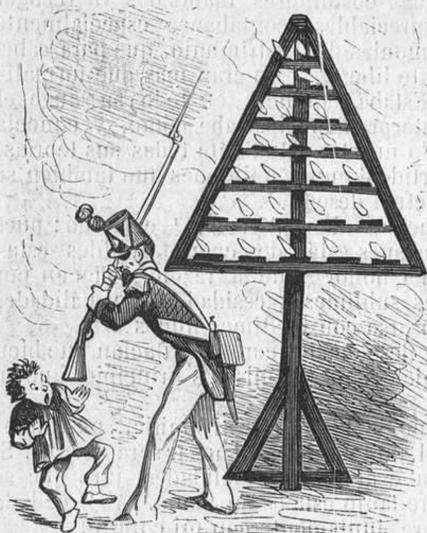
En el melodrama.



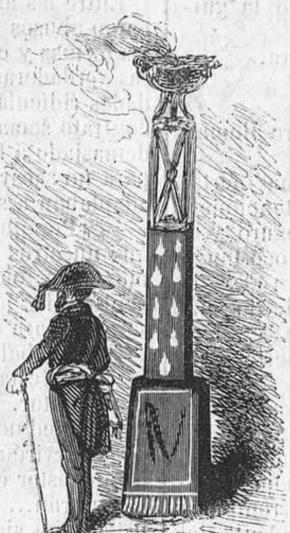
En el drama fantástico.



En la comedia de magia



Expresion de alegría.



Señal de luto.



El lujo.



La indigencia.



La luz del necio.



Nuevas despabiladeras.



La disipacion.



La economia



La luz del pobre.



La del rico.



La palmatoria.



Otro sistema.

ESTUDIOS SOBRE LA LUZ. — Sus procedimientos, produccion, empleo, utilidad, inconvenientes, etc., por Cham.



Luz inútil



La luz del sabio.



Luz que hace de enfermera.



Para tener compañía.



Un genio industrial.



Luz aprovechada.



Camino del infierno.



Camino del cielo.



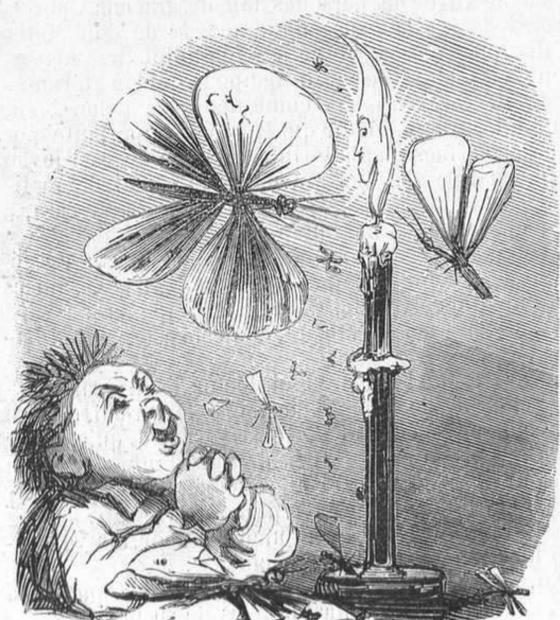
El dios de los beodos.



¡Quién vive! — Ronda mayor.



¡La sesion del dia!



Peligros de la luz.



Amor á las luces.



Horror á la luz.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— Sin embargo, dijo don Juan, no se aflija Vd. Su prision es ignorada de casi todos, y los que han llegado á saberla lo conocen muy bien para no estar convencidos de su pureza y de su integridad.

— Con todo, dijo Santiago: una reputacion se hace dudosa tan fácilmente...

— No, interrumpió don Juan: No tema Vd. nada. Bien satisfecha quedará la sociedad con tal que lo vea siempre acompañado con los hombres de honor.

Don Juan y Santiago salieron juntos de la cárcel al momento mismo en que la procesion pasaba por la puerta: el concurso que solemnizaba este aparato religioso, aunque abundante en gente del pueblo, era muy mediano en personas de clase mas elevada, porque á la sazón estaba reuniéndose gran número de ellas en la iglesia de Santo Domingo, donde iba á verificarse la eleccion de que arriba se habló como de un asunto en extremo interesante para el desgraciado don Mateo.

Este no iba en el acompañamiento, á pesar de que esa rogativa, segun decian, era una de tantas plegarias que el dia en que debe decidirse algun negocio político de consideracion, hacen los devotos en la ciudad, no obstante las frecuentes lecciones con que la experiencia les enseña no ser muy aceptables ante la Providencia á quien se invoca, si los fines son torcidos.

Cuando Santiago al salir alzó la colcha que adornaba la puerta, lo primero que se ofreció á sus ojos, fué Juan Cancio, quien por su figura singular, le llamó la atencion. Iba riéndose como acostumbraba y llevando el sombrero cogido con ambas manos, miraba curioso y admirado á todas partes, lo que le facilitó el notar inmediatamente la mirada burlona de Santiago, y correspondérsela con un saludo, haciéndole una cortesía y alzando lentamente la mano derecha, como para tocarse el sombrero, sin recordar que llevaba descubierta la cabeza.

XVII.

LA ELECCION.

Muchas veces los incidentes mas insignificantes y que apenas pueden provocar una sonrisa, sirven para restablecer la jovialidad del corazon que la habia perdido por sucesos muy graves: tal es la frivolidad del hombre por fortuna suya, particularmente en la juventud. La urbanidad de Juan Cancio hizo, pues, olvidar en parte á Santiago y á don Juan, el estado de molestia en que se hallaban á causa de Monterilla.

Para Santiago hubo todavía algo mas que contribuyó en el mismo sentido. A poca distancia de Juan Cancio venia Beatriz la hija de don Mateo, con su mantilla y su hábito negro sobre el cual colgaba por delante un cintillo de cordobán.

Era Beatriz tan bonita que Santiago se hubiera enamorado de ella á no estarlo ya de Baciliza, cuya correspondencia le parecia tan segura, que creia una perfidia cualquier afecto que sintiera por otra mujer. En consecuencia se limitó á desear tan solo una mirada esperanzada muy viva y afectuosa, porque ya estaba acostumbrado á recibir este favor respecto de algunas mujeres.

Mas en esta vez se engañó mucho en tal esperanza, pues Beatriz no cuidándose de mirar á nadie, venia al lado de un capellán á quien miraba atentamente los pliegues de la sobrepelliz que ella misma habia prensado, porque siendo aquel, por decirlo así, el capellán de la familia, sus vestiduras sacerdotales estaban al cuidado de esta jóven, en cambio del que de su conciencia tenia escrupulosamente el capellán. Así fué que no pensó en mirar á Santiago, entretenida solo en censurar en silencio el poco cuidado que de aquel ropaje parecia haber tenido el sacerdote, y en oírle cantar el oficio que venia entonando con todo el gesto misacantano, sin ocuparse, al parecer, ni de Beatriz ni de las vestiduras.

Santiago se olvidó al fin de ella, distrayéndose con aquel concurso que iba marchando sobre esa alfombra de flores y entre una nube de incienso, con cierta especie de poesía para los corazones piadosos y de ternura para los que consideran al hombre en los actos con que tributa como puede su culto religioso.

Poco importaba esta procesion á don Juan que solo deseaba acabase de pasar, para poder emprender sin obstáculo su camino, á fin de ir á buscar al doctor Témis y á Emilio, revelarles la conversacion de Monterilla y ofrecerles al mismo tiempo los servicios de la amistad. Mas le fué preciso aguardar hasta que pasó el último músico y se hizo menos compacto el séquito de la procesion.

Apenas se desembarazaron de este obstáculo se fueron para Santo Domingo.

Desde la esquina de la plaza alcanzaron á ver á Enrique que con otros jóvenes se dirigia para aquella iglesia; él á su vez los vió tambien, y en tal virtud los aguardó para seguir todos juntos.

— ¿Van Vds. para Santo Domingo? preguntó Enrique dándole el brazo á don Juan y siguiendo con él.

— Sí, señor: voy á buscar al doctor Témis que supongo estará allí y á quien tengo que hablar con mucha urgencia.

— ¿Con el doctor Témis? preguntó Enrique.

— Sí, señor: con él. Voy á buscarlo y á ofrecerle mi cooperacion si puede servirle de algo en el negocio de las cartas que Vd. presenció el otro dia en casa del señor Osman.

— Creo que á Emilio le irá muy mal en ese asunto, dijo Enrique; porque lo he visto esta mañana excesivamente abatido.

— ¿Sí? ¿Dónde lo vió Vd?

— Por la calle, muy temprano.

— ¿Y hablaron sobre este asunto?

— Ni sobre ese, ni sobre otro alguno; pues Vd. sabe que Emilio me aborrece, seguramente porque Adelaida me quiere.

— Bien; pero ¿por qué cree Vd. le vaya mal á este jóven en el asunto del Mordedor?

— ¿Yo...? dijo Enrique un poco embarazado. Yo no sé bien por qué: sin embargo, Monterilla le es bastante temible, y dice que tiene armas horribles para combatir. Con todo repito que nada sé y aun suplico á usted que si llegaren á sospechar que yo soy quien ha contado lo acaecido, procure defenderme.

— ¿Por qué teme Vd. eso? dijo don Juan muy alarmado.

— Por que... ya ve Vd.: la rivalidad con Emilio...

— Pero yo creo que Vd. nunca seria capaz de una traicion semejante.

— Yo ahora solo me ocupo de la patria; de modo que lo único que llama mi atencion es la eleccion que va á verificarse y en la que tengo muchas esperanzas.

— ¿De veras hay esperanzas?

— No solo esperanzas, sino seguridad fundada.

— ¿Pero en qué? ¿Se sabe algo de nuevo en el asunto, pues tanta confianza tiene Vd. de un triunfo tan difícil?

— Qué mas puede saberse que el abatimiento manifestado por los del partido opuesto? ¿No es una prueba infalible de que están perdidos?

— ¡Oh! eso no me parece bastante, Enrique.

— A mí sí: quizá sea poco para Vd., porque como hay sospechas de que no es muy entusiasta...

En esto llegaron á la iglesia de Santo Domingo. Ya era tan abundante el concurso que los recién venidos no pudieron hallar un punto ventajoso para colocarse y observar el escrutinio.

El púlpito contenia media docena de espectadores tan ufanos del sitio preferente á que habian conseguido elevarse, que no parecia hiciesen caso de la estrechez que los incomodaba.

Los escaños que formaban la barra estaban todos ocupados por muchas personas paradas encima, y que teniéndose unas de otras se veian en gran peligro de ir á tierra.

Lo mismo sucedia con algunas mesas esparcidas en la iglesia y sobre cada una de las cuales se veia un grupo compacto, cuyo peso las hacia crujir. Los que como don Juan y Santiago no habian logrado subir á ninguna parte, daban vueltas al rededor de esa barra de espectadores, estirándose aquí y empujándose mas allá para buscar un hueco por donde pudieran divisar siquiera la cabeza de algun diputado.

Sin embargo, don Juan solo buscaba al doctor Témis ó á Emilio sin poder encontrar al uno ó al otro, ni entre los que estaban observando, ni entre los muchos que arrimados á los altares y con su pliego de papel sobre la copa del sombrero, llevaban curiosamente con lápiz el registro privado de la votacion.

Cansado de buscar se quedó por fin en el altar mayor junto á Enrique, aguardando que se decidiera la eleccion, para que al disiparse la gente le fuera mas fácil encontrar á los que necesitaba. Por último quedó excluido el candidato de don Mateo.

— ¿Qué le dije á Vd? preguntó entonces don Juan al entusiasta Enrique.

— Es verdad; pero yo creia con razon todo lo contrario: así que esto no puede ser.

— ¿Qué aguardamos, pues aquí? dijo don Juan: podemos irnos, porque yo tengo que buscar al doctor Témis.

— Yo me quedo todavía; aguardo el último resultado, pues mi candidato no era de un modo absoluto el que acaba de ser excluido.

Don Juan entonces mirando con desprecio á Enrique, lo dejó y se fué con Santiago para ver si el doctor Témis se hallaba por casualidad en la calle del Comercio.

En efecto, al frente de la iglesia estaba cuando salió don Juan, y lo que mas sorprendió á este fué ver allí tambien á don Mateo en ocasion de ser casi seguro estuviese de los primeros en la barra llevando su registro con suma atencion.

Aun habia de extraño algo mas en esta circunstancia, y era que don Mateo, sobre quien con la pérdida de la eleccion iba á recaer un golpe tan terrible, se mostraba excesivamente contento.

Con su sombrero abollado y su casaquita de nueve años, no estaba cabizbajo y con las manos atrás como andaba de continuo, sino que mostrando grande anima-

cion y sobándose las manos, hacia tantas cortesías al doctor Témis, cual si hubiera recibido de él un gran favor, pues además parecia empeñado en besarle la mano á pesar de la publicidad del sitio.

Don Juan se les acercó con Santiago, y don Mateo los saludó mostrando toda la dulzura con que saludan siempre los hombres en los momentos en que son felices.

Preguntóles luego, aunque no con el interés que era de esperarse, sobre el estado en que se hallaba la eleccion, del cual procedió don Juan á darle cuenta, sintiendo mucha pena al verse obligado á decirle que su candidato habia sido excluido desde el primer escrutinio; pues se imaginaba que el gozo de don Mateo provenia de alguna esperanza cuya pérdida iba á sorprenderlo desagradablemente.

No obstante siguió este tan contento y satisfecho como antes lo estaba; y se despidió del doctor Témis estrechándole la mano y ofreciéndole que pronto se verian.

Inmediatamente procedió don Juan á referir al doctor palabra por palabra la conversacion de Monterilla.

Le indicó las sospechas que en ese mismo momento habia concebido contra Enrique, infiriendo hubiese sido el que reveló á Monterilla todo lo acaecido donde el señor Osman, pues lo dejaba colegir así no solo la rivalidad con Emilio, sino mas aun el interés que manifestaba de que no se le creyera capaz de tal hecho.

El doctor Témis lo oyó atentamente y luego que acabó le dijo:

— Mucho agradezco á Vd. esta revelacion, porque me suministra gran luz: una luz muy útil y que acaso ninguna otra cosa podria proporcionármela.

— Si es así, lo celebro, contestó don Juan; mas debo manifestarle que hay mucho riesgo de ser engañado, pues Monterilla ordenó lo que me dijo, como para que usted lo supiera; y esto hace muy probable que esa luz de que Vd. habla sea engañosa y propia mas bien para extraviarlo y asegurar mejor los planes contra Vd. y contra Emilio, que para confiar en ella exponiéndose á caer en una red.

— No, señor; en esto no me engaño. La revelacion que Vd. me hace acaba de facilitarme el comprender á Monterilla perfectamente, sentirlo en mí mismo y ver como estoy viendo en este instante el frontispicio de esa iglesia, las columnas que van á sostenerlo y las bóvedas donde pretende esconder sus misterios y los de sus clientes. Es eso tan cierto que podria pronosticar, si no fuera perjudicial ahora, el curso de estos acontecimientos y las quejas á que tal vez tendré que exponerme. Ridículo seria si yo dijese que Monterilla no es para mí temible; mas descendiendo hasta allá, le aseguro á Vd. que no me inquietan ni su maña, ni sus planes, ni menos aun sus discursos. Otra cosa es la que me inquieta y me interesa mas ahora; en la que acepto á todo servidor y respecto de la cual agradeceria mucho cualquier noticia exacta.

— ¿Cuál es, señor? preguntó don Juan.

— Saber el paradero de esa jóven que llevó á Emilio la carta: de esa jóven que segun dice Vd. y yo lo habia inferido ya, tambien es objeto de las amenazas de esos hombres, y en mi opinion quien corre mas peligros.

— Es verdad; pero yo no comprendo por qué el doctor Témis se interesa tanto por una mujer que está al servicio de esas gentes.

— Sin embargo, le digo á Vd. que me intereso por esa mujer mas que por nadie; porque tal vez soy el único que tiene por ella un interés inocente; porque no me queda duda de que posee principios de virtud; porque es la víctima mas desvalida, la mas desgraciada y la que no puede buscar un protector que no le exija recompensa.

— Basta, señor, que Vd. me haga esta indicacion para que yo le ofrezca con sinceridad mi cooperacion en beneficio de esa desgraciada que ha merecido inspirar á Vd. una idea tal vez exacta y mover su generosidad.

— Yo creo sin embargo haber hecho por ahora lo bastante.

En efecto, el doctor Témis habia hablado á don Mateo, cuya anciana esposa se hallaba gravemente enferma y en la mayor miseria, para que recibiera á la Cisne en calidad de enfermera, admitiendo una pequeña pension que él pagaria mensualmente, para contribuir con solo esto al alivio de personas tan desgraciadas por la pobreza. Esta era la causa de la alegría de don Mateo aquel dia, pues desde entonces iban á minorarse los sufrimientos que durante tanto tiempo lo habian atormentado. El doctor Témis no comunicó esto á don Juan, contentándose con añadir que lo mas importante por entonces, era fuese hallada inmediatamente esta jóven sobre la cual pesaba una amenaza muy fácil de realizarse, y á quien don Mateo queria recoger en su casa, á cuyo efecto la estaba buscando.

— Apenas he visto, dijo don Juan, dos veces á esa jóven: quizá la conoce mejor mi amigo Santiago, ¿no es verdad? añadió volviéndose hácia su compañero.

— Yo no conozco en Bogotá, contestó este, sino á Baciliza.

— ¡Qué Baciliza! exclamó el doctor Témis con desprecio: se trata de una mujer que á la verdad es casi desconocida en esta ciudad, pues varios á quienes he hablado acerca de ella, dicen solo que algunas veces la han visto cruzar las calles como una sombra que se disipa dejando tras sí un interés particular.

— Esa, repitió Santiago, á quien el amor iba ya volviendo un tonto, debe de ser Baciliza.

— No, señor, dijo riéndose don Juan: es la que fué á visitar á Vd. uno ó dos dias despues de su prision.

— ¡Es verdad! exclamó Santiago; me había olvidado de ella. Sé su historia, y me dijo que vivía con una mujer á quien llaman aquí la Daífa.

— Entonces ya es fácil encontrarla averiguando por esta última, dijo don Juan.

— No, señor, opuso el doctor Témis; yo sabía que vivía con la Daífa; pero también sé que ya no está allí, y ha desaparecido.

— ¿Ha desaparecido? preguntó don Juan recordando al momento lo que don Félix le había dicho. Permítame usted... Anoche oí en casa de Baciliza que se decía haberse cometido ayer tarde un asesinato ó suicidio en el boqueron de San Francisco. Tal vez ha sido la víctima la Cisne...

— ¿Se ha cometido algún asesinato? preguntó muy sorprendido el doctor Témis, que acabando de salir de su casa, ignoraba aun las noticias que ese día circulaban entre las gentes. ¿Le han dicho á Vd. tal cosa? ¿y no se sabe con seguridad la persona que ha muerto?

— No, señor, dijo don Juan, quien entonces refirió el suceso en los mismos términos que lo había oído á don Félix.

El doctor Témis se manifestó al principio muy afectado por esta novedad. Mas al fin, tranquilizándose, continuó:

— Es imposible que esas sospechas sean acertadas: no puedo dudar de que lo habría yo sabido si hubiese sucedido así; porque hay una persona encargada de darme avisos sobre la conducta de la Daífa respecto de la Cisne.

— ¡Ojalá! dijo Santiago, en quien el interés por la Cisne se iba despertando á virtud de la buena opinión que de ella acababa de exponer el doctor Témis. Me sería muy lisonjero, continuó, cooperar, como lo ofrezco, á la protección de esa jóven.

— Sí, repuso el doctor Témis; ella podría además ser muy útil en la actualidad en casa de don Mateo, quien quiere aceptarla como enfermera de su esposa, que tiene gran necesidad de ella.

— Yo creía, dijo don Juan, que esa señora estaría mucho mejor, porque acabo de ver en la procesion á la señorita Beatriz.

— Ella salió hoy desde muy temprano, dijo el doctor Témis, pues según acaba de manifestarme don Mateo, tuvo que ir á la iglesia, lo que es para ella un deber diario que jamás pospone á ningún otro.

— Así es, repuso don Juan; porque esa señorita es sumamente virtuosa.

— Por lo menos, continuó el doctor Témis, podría ser muy virtuosa si supiera en qué consiste la virtud; pero lo ignora, y tal vez podría enseñárselo la Cisne.

— ¿Luego el capellan? dijo don Juan en tono de convencion.

— El capellan es un buen hombre de los muchos que sostienen como un dogma, que las grandes virtudes cristianas se reducen á la devocion y al retiro: esa es la doctrina que enseña á Beatriz, y que ella, como es natural, sigue tan ciegamente que ha llegado á creer son las únicas sin poder hacerse cargo de otras.

— No puede menos de haber error en eso, añadió don Juan, porque á la verdad la conducta de Beatriz hoy me parece vituperable.

— Sí, señor. Sobre esto se ha dicho siempre mucho, pero jamás se repetirá lo bastante. Si la devocion y el retiro son virtudes, las considero muy ínfimas en la escala de la moral: esas son meramente necesidades del corazon, ó deberes, si se quiere, del alma piadosa, que con la oracion no puede hacer sino alabar á Dios ó pedirle la virtud, ó mas bien la felicidad que es el objeto comun de las plegarias de un devoto.

— Eso me parece exacto, dijo don Juan; pero sea lo que fuere, si creo que Beatriz tiene una gran tendencia á la virtud.

— Mucha en aquel sentido, continuó el doctor Témis; y por eso deseo hallar á la Cisne para que asista á doña Gonzaga, porque esta tiene necesidad de los auxilios de una virtud de otro orden, de la compañía de una persona que sabiendo ser el teatro del mundo la única escena de la caridad, no huya de él para tener mas tiempo de hacer oracion y evitarse la impertinencia del desgraciado.

— ¿Es decir, que Vd. llega hasta creer mas virtuosa á la Cisne que Beatriz? interrogó Santiago.

— Por lo menos sabe mejor en qué consiste la virtud.

— En los principios morales de Beatriz hay deficiencia ó error, y es indudable que debe corromper tanto el corazon una virtud falsa como un vicio verdadero. No quiero por esto hablar contra la oracion de Beatriz, sino decir que doña Gonzaga necesita los servicios de una mujer que antes que la devocion, profese la caridad.

En este momento habiéndose concluido la eleccion que se estaba verificando en la iglesia, salió la gente en tropel; unos muy alegres, otros muy tristes.

Se acercaron despues al doctor Témis varios ministros y otras personas, entre las cuales don Juan y Santiago nada tenían que hacer, en cuya virtud se retiraron, á pesar de que don Juan deseaba decir aun al doctor Témis, que si lo creía conveniente dejaria de irse á las fiestas, resolviendo mas bien acompañar á Emilio por si acaso necesitaba de su auxilio en las circunstancias peligrosas en que se hallaba.

— Mas determinando arreglar esto con Emilio mismo, se fué á dejar á Santiago en su casa para irse luego donde el señor Osman.

Santiago se quedó en la casa de don Juan arreglando sus cosas para irse al dia siguiente, mientras este se encaminó donde Emilio con el objeto importante de instruirlo acerca de lo que Monterilla le había dicho, y cuyo conocimiento, habiendo sido tan útil para el doc-

tor Témis, podía serlo del mismo modo para él, á quien mas directamente se dirigan las amenazas.

XVIII.

EMILIO.

Ese dia apenas había salido Emilio un rato por la mañana embozado en la capa, y se había vuelto á su casa sumamente triste, pues además de serlo naturalmente por carácter, llevaba mucho tiempo de estarlo tambien por la oscuridad de su nacimiento, por la pasion que le inspiraba Adelaida, y últimamente por la inquietud que le causaban la carta llevada por la Cisne, y la contestacion del doctor Témis.

No habiendo podido, por tanto, tolerar la calle, resolvió volverse á la casa, cuya mansion le era tan grata por contener el objeto en que se cifraban sus mas dulces esperanzas.

En un cuarto bajo, que era la pieza de su oficina, se paseaba desasosegado sin poder trabajar y pensando en que ese dia no había saludado aun á Adelaida; mientras esta por su parte se disponia ya para salir con las otras señoras á la calle.

Ella estaba igualmente muy triste, y habiendo sido la primera que acabó de vestirse, salió del tocador con chal y gorra para esperar á sus compañeras en el corredor, donde se quedó un rato pensativa y recostaba sobre la baranda con la cabeza apoyada en la mano.

Consideraba tambien allí que no había visto á Emilio todavía, y que acaso no le vería hasta el dia siguiente, pues debían regresar muy tarde.

En ese pensamiento se ocupaba, cuando Emilio, dejando su cuarto, subia la escalera; desde la cual alcanzó á sorprenderla en su actitud pensativa y melancólica.

Adelaida sonrió con él, y se dispuso á recibirlo componiéndose el chal y la gorra.

Mas aquella sonrisa, tanto en ella como en Emilio al correspondérsele, tuvo algo de languidez, y al encontrarse sus ojos se expresaron recíprocamente tristeza y amargura: diéronse la mano y permanecieron en esa actitud algunos momentos, hasta que Adelaida quitó la suya con pretexto de componerse el chal.

— Me parece que estaba Vd. aquí muy melancólica, le dijo Emilio.

— Sí, señor, contestó Adelaida, quien desde que veía á su amante tan triste, sentía una gran propension á la afabilidad y á la franqueza respecto de él, no ignorando cuánto una palabra suya, una sonrisa ó una mirada eran capaces de consolarlo y aun de inspirarle una rara alegría. Sí, señor, estaba y estoy todavía muy melancólica.

— ¿Por qué?

— ¿No ve Vd. qué cielo tan triste, le dijo, mostrándole los nubarrones que ocultaban el sol.

— Muy triste está ciertamente, repuso Emilio; pero nunca, Adelaida, ha estado el cielo tan de acuerdo con mi alma. Esa luz escasa y fria, me gusta mas hoy que si hiciera un dia como el de ayer, en que la naturaleza pareció no hacer caso de mis penas.

— ¿Querria pues Vd. mas bien que la naturaleza sola lo compadeciese, que se uniera con ella un alma triste tambien como este dia?

— Querria que sintiera conmigo un alma compasiva, mas no creo que exista; pues todos se ocupan solo de sus goces y esperanzas, y hasta temo que juzguen importuna mi presencia, porque les lleva un semblante que va á contrastar el gozo ajeno con la expresion impertinente del dolor.

— No, Emilio. ¿Cuántos hay quizá entre los que usted supone tan contentos, que sufren en secreto y no les es lícito atreverse á prorumpir siquiera en un suspiro, cuando Vd. puede quejarse tal vez con exageracion? Y así lo creo yo por lo menos, puesto que en verdad ningún mal positivo lo aqueja hasta ahora, y aun es posible que tenga muchos placeres para eso que Vd. llama la vida sentimental.

— ¡Imposible, Adelaida! Mi corazon nunca puede gozar de ninguna felicidad, ni experimentar otra cosa que ese anhelo que hace tanto lo consume con lentitud, de poseer una ilusion; esa sed que lo devora de una gota de esperanza.

— Acaso no, dijo Adelaida poniéndose colorada y á tiempo en que se le desprendía una cinta que llevaba al cuello. A Vd. le han ofrecido esos hombres una gran recompensa, que en mi concepto no puede ser de dinero, y que sin embargo, sabrán quizá que tiene mucho valor, pues tratan de estimularlo con ella; entonces no puede consistir sino en alguna de esas ilusiones de su anhelo; en alguna de esas esperanzas de su sed.

— No son los malos, dijo Emilio, despues de haber alzado la cinta que conservó en la mano, los que pueden ofrecerme una recompensa digna de estimacion: no es de abajo que yo puedo aguardar la felicidad; es de muy arriba, Adelaida; porque mi corazon arde en un holocausto cuyo humo se eleva al cielo, y su única recompensa será que el cielo lo acoja. De esos perversos no puede venirme sino lo que ya me enviaron; la humillacion haciéndome recordar mi oscuridad y reclamándome como algo que creen pertenecer á su esfera. De ellos no espero, sino antes bien temo alguna desgracia que, sin embargo, nada será para mí, si no me quita la estimacion de lo que amo mas en el mundo... No, Adelaida, yo no tengo placeres; solo tengo penas... Si quiera compadézcame usted.

— Mucho se ha excitado su imaginacion, Emilio; pues

ve ya las cosas tan abultadas y concibe temores tan rebuscados.

— No son rebuscados, Adelaida: recuerde Vd. que esa mujer me dijo con horror que debía guardarme de Monterilla: este me persigue y yo no sé qué debo hacer para guardarme, porque apenas me atrevo á conjeturar alguno de los muchos males que puede hacerme. Si no fuera mas que la muerte... pero el doctor Témis ha dado mucha importancia al papel de aquel hombre, hasta el extremo de hacer desafiarse la desgracia, y cuando él la ha previsto, es sin duda porque viene. Sí, Adelaida: hace mucho tiempo que estoy convencido de que nací para ser solamente uno de esos hombres desgraciados en quienes todos sus temores se realizan siempre... sus esperanzas nunca.

— No, Emilio, Vd. nada tiene que temer.

— Yo sé que sí: y aun fuera de eso, ¿no hay tambien otras penas actuales muy ciertas para mi corazon?

— No lo creo.

— Eso es, Adelaida; porque Vd. no puede imaginarse cuánto me atormenta mi condicion oscura; y basta que me la recuerden para hacerme infeliz.

— No diga Vd. eso. ¿Qué importa sea Vd. oscuro, si todos lo aman? ¿Por que se queja de brillar por sí solo? ¿No es Vd. hijo de un padre que, aunque pobre, es honrado? ¿Qué mas se necesita en esta sociedad? Vd. conservará, pues, en todo caso la estimacion de las personas que ama. Y así, añadió viendo que ya salían las otras señoras, no debe estar triste y le ruego que no lo esté, acordándose de mi súplica, por esa cinta que le dejo.

— ¡Oh, Adelaida! exclamó Emilio: ¡Qué buena y generosa es usted!...

No pudo continuar porque las señoras reunidas ya en el corredor iban á bajar la escalera.

Él las acompañó hasta la puerta, y se quedó solo lleno de gozo, repitiendo:

— ¡Adelaida, Adelaida! ¡Qué buena y generosa es! Ha hecho de este dia el mas venturoso de mi vida: ha hecho mas; me ha dado la felicidad para siempre con una accion cuyo recuerdo me llenará de júbilo mientras viva.

Mas, como se dice, los dias que el destino tiene marcados para algunos hombres con el sello de la desgracia, no pueden ser dichosos por mas que algun suceso tienda á hacerlos risueños.

El rapto de gozo que causaron en Emilio varias palabras y el obsequio de Adelaida, voló para él como un sueño, pues inmediatamente entró don Juan, que sin respetar su frívola alegría procedió á darle gravemente cuenta fiel de lo que Monterilla había jurado contra él y aun contra el doctor Témis, de lo que este acababa de decir acerca de esos juramentos, y hasta del interés extraordinario que la portadora de la carta le había inspirado.

Todo esto, junto con el estado en que antes se hallaba el corazon de Emilio, se conjuró para arrebatarle sin demora la dicha que su amada le había acordado dándole una cinta, concediéndole una esperanza.

El misterio que lo envolvía, la excesiva humillacion que le anunciaban, y esa arma secreta con que se aprestaban á combatirlo, peor todavía que la muerte y la desgracia; todo lo incunaba mas y mas á la creencia fatídica con que desde el principio había tratado de aclarar sus dudas, persuadiéndose de que intentaban calumniarlo, de que contra él iba á lanzarse en la sociedad alguno de esos rumores que á veces vagan, haciendo circular el nombre de una persona bien recibida junto con el de algun crimen, como un secreto sabido por toda la poblacion, pero del cual, á pesar de eso, se ocupan todos en voz baja, como para que lo ignoren solamente la justicia y la fama.

Este horrible pensamiento lo sumió en la consternacion mas profunda: la cinta de Adelaida fué colocada encima de la mesa; y él sentado en el sofá, con aire de abatimiento y al lado de don Juan, no hacia mas que oírlo con atencion y mirar tristemente la cinta.

Entonces entró tambien el doctor Témis, cuya presencia oportuna celebró mucho don Juan, esperando de tal visita algun consuelo para Emilio, quien mostraba ya tanta afliccion que casi estaba aquel arrepentido de haberle comunicado una noticia tan alarmante, á un jóven que no teniendo otra ambicion ni otra esperanza que las de merecer el corazon de Adelaida, adornándose para ello con los timbres del honor y de la dignidad, se sentía ofendido por el lado mas sensible, al anunciarle tan sériamente y con tan misteriosas circunstancias, cuánto se proponian envilecerlo y humillarlo esos enemigos gratuitos que contra él se habían levantado repentinamente.

— Vengo á consolarlo, Emilio, dijo el doctor Témis sentándose á su lado. Sabía que Vd. debía recibir ahora anuncios que pueden atormentarlo, y deseo que no se deje abatir por el sufrimiento.

— Agradezco como debo esta manifestacion de amistad, y la agradezco, señor, con un corazon que en el momento de descender á lo mas profundo de sus penas, se siente sostenido y tranquilizado con la sola presencia de usted.

— Espero, entonces con razon, que su tranquilidad será restablecida completamente, al recordarle que nada hay que temer, y menos para Vd. en quien la única pasion es el honor, y de cuyo valor é impavidez están seguros todos sus amigos.

— No me acompañe, señor, esa impavidez desde que se me ha dicho que mis perseguidores amenazan tambien con un arma que no da la muerte, pero que ofende con algo superior á la desgracia. Don Juan acaba de adver-

irme que Monterilla declaró tener algo que arrojar sobre mi frente: Vd. adivinará qué cosa puede ser eso.

— Nada, Emilio: es imposible si bien se considera. La desgracia y la muerte son dos palabras que lo abrazan todo; son los dos únicos nombres absolutos de la verdad: la desgracia es el nombre de la vida, la muerte el de la destrucción; la desgracia, por decirlo así, es el nombre del tiempo, como es la muerte el nombre de la eternidad. Fuera de todo esto ¿qué hay que temer?

— Hay por lo menos un nombre mas odioso, que no sé si podré sostener, ó si comprendido en la desgracia, podré desafiario: ese nombre, señor, es la infamia.

— ¿Infamia para usted, Emilio? preguntó el doctor Témis con una sonrisa de admiración. La infamia, continuó, nunca puede llegar hasta un hombre de bien, ni subir de cierta altura que está limitada en el mundo por la baja frente del hombre vicioso: la de usted, Emilio, se ve mucho mas arriba.

— ¿Y si á pesar de eso me hiere la calumnia?...

— La calumnia como la infamia se disipa á cierta altura: y sus tiros, partiendo en todo caso de un punto muy bajo y de los labios inmundos de un ente rastrero, no pueden llegar muy arriba y se van por el suelo sin pasar de la esfera que mide la baja del vil calumniador. Si alguna voz llegara á proferirse para manchar el nombre de Vd., esa voz moriría en cualquier oído á que llegase, porque una incontrastable convicción de honradez la rechazaría haciéndola recaer como un borron infame sobre el atrevido que osara pronunciarla. Deje usted que teman las calumnias los que teniendo solo una reputación dudosa, no necesitan mas que un murmullo aunque vago, para quedar para siempre colocados por la sociedad en el lugar que les toca.

— Esa justicia social, dijo Emilio serenándose un poco, es ciertamente consoladora. Yo creo en ella y aun la espero.

— Hace Vd. muy bien; pues el hombre de honor debe tener confianza en la sociedad en que vive, si no quiere ofenderla suponiéndola neciamente tan inmoral ó estólida, que se deje engañar con facilidad por esos miembros indignos que ella conoce y aborrece, y de cuya maledicencia no se hace jamás el menor caso.

— Prescindiendo de eso, dijo Emilio, hay todavía una cosa que me atige no poco.

— ¿Cuál es?

— Uno de los anuncios mas terribles de Monterilla contra mí, fué el de que Vd. me abandonaría.

— Y una de las cosas, Emilio, que vengo hoy á reclamar de Vd., es la promesa de que jamás desconfiará de mí.

— Jamás, doctor Témis, desconfiaré de Vd.; el día en que su favor deje de protegerme, no me faltaria para quitarme la vida, sino perder...

— No, Emilio, júreme que vivirá, y yo aceptaré ese juramento en nombre de la persona que iba Vd. á nombrar.

— ¿Yo jurar eso? ¿deshacerme del último recurso, en mi vida peligrosa, y cuando todo me anuncia la desgracia? ¿Cubrir esa bóveda donde podría esconderme cuando ya tenga mucho miedo de la vida? No, doctor Témis: déjeme Vd. el derecho de morir, porque mi corazón hace mucho tiempo me está anunciando que habré de necesitarlo algun día.

— ¡Emilio! No he podido consolar á Vd., pues promueve todavía en las blasfemias de la desesperación. ¡Miedo de la vida! Ese lenguaje solo es propio del hombre sin valor indigno de la felicidad; del cobarde que no merece las pruebas de la fortaleza.

— Sera así; pero yo no puedo ocultar que me siento débil para padecer. Quizá cuando el mal llegue á cara descubierta, tendré mas valor, y así lo espero.

— En esa confianza, pues, debe Vd. prometerme vivir.



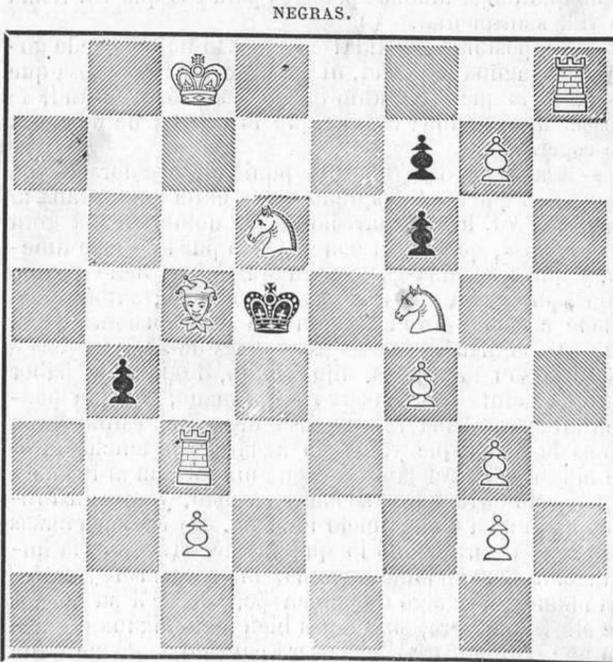
MONSEÑOR STROSSMAYER, prelado de Croacia.

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 310.

- 1 A 7ª TRª Cualquiera.
- 2 T 7ª R } Jaque-mate.
- A 5ª Rª ó 4ª CR
- C 7ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 311, POR M. VICTOR GORGAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

— Lo prometo, gustoso en tanto que no me desprecien los que se han hecho dueños de mi estimación.

— Ese caso no llegará jamás; y por ahora lo que usted debe hacer, es vivir tranquilo y satisfecho de sí mismo y de las personas que ama.

— Las cuales, dijo don Juan levantándose para despedirse, le repiten que estarán á su lado cuando sea menester; pues ya he resuelto por esta sola razón, no irme mañana como habia pensado.

— No, señor don Juan, dijo Emilio: no quiero que usted difiera su marcha, ni deje ir solo á su huésped.

— Tanto mas, añadió el doctor Témis, cuanto que no conviene hacer aprestos contra una amenaza que bien puede ser no tenga otro objeto que inspirar alarma y llenar de inquietud, por salvar alguna antipatía proveniente quizá tan solo del desprecio con que Emilio habrá mirado á Monterilla. Si Vd. no se fuera mañana, no se hablaría de otra cosa que de esa detención, considerándola todos como indigna de nosotros, á la vez que gloriosa para nuestros enemigos.

— Eso es verdad, dijo don Juan, sin embargo....

— Usted debe irse, interrumpió Emilio. Los pensamientos del doctor Témis me han tranquilizado tanto, que puede Vd. estar seguro que me quedo contento, deseándole un paseo muy agradable.

Don Juan se fué para su casa, indeciso sobre si convendría dejar á Emilio, ó mas bien quedarse para cumplir los deberes de la amistad que respetaba en extremo.

Al volver la esquina se encontró con doña Leoncia y Baciliza, la que parecia tan alegre como siempre.

Apenas se detuvo don Juan empezaron á hablarle de las fiestas, comprometiéndolo con eficacia para que al día siguiente á las doce, no faltase por ningun pretexto, pues no era conveniente partir mas tarde.

Don Juan lo ofreció así, porque habiendo sido la causa de que se aguardaran, la amistad le imponia igualmente el deber respecto de ellas, de no molestarlas embarazándolas su viaje.

(Se continuará.)

Monseñor Strossmayer,

PRELADO DE CROACIA.

Damos en esta página el retrato de monseñor Strossmayer, prelado de Croacia, con el título de obispo de Sirmium, que posee y habla elocuentemente la lengua latina. Si el general de los jesuitas, cuyo retrato publicamos á la cabeza de este número, está considerado como el jefe de la mayoría del Concilio, monseñor Strossmayer puede considerarse como jefe de la minoría.

Los discursos del obispo croata han producido últimamente una extraordinaria emocion en el Concilio. La mayoría clamó contra él cuando á estas palabras del preámbulo del *Schema: Nobiscum judicantibus episcopis*, pidió que añadieran, segun el uso de los antiguos concilios: *et defnientibus*. De aquí pasó á la parte del preámbulo en que el *Schema* atribuye todos los errores modernos al protestantismo.

Monseñor Strossmayer negó la legitimidad de esta filiación y afirmó que el protestantismo no es lógicamente la fuente del ateísmo, del panteísmo y del materialismo, y para probarlo citó los nombres de Leibnitz, Guizot y otros que provocaron un violento tumulto.

Desde entonces la personalidad de monseñor Strossmayer se halla en evidencia, y por este motivo damos su retrato en este número.

A. D.